
CIENCIA FICCIÓN
LOUIS G. MILK
superpol
R. CORTIELLA

LOUIS G. MILK

SUPERPOL

Ediciones TORAY
Arnaldo de Oms, 51-53 Barcelona
Dr. Julián Álvarez, 151 Buenos Aires

Depósito Legal: B. 46507 – 69

Printed in Spain - Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor — Eduardo Tubau. 20 - Barcelona

CAPÍTULO PRIMERO

El hombre, lujosamente vestido, peroraba con gran énfasis desde la tribuna adornada con banderas, flámulas, gallardetes y colgaduras. Una decena de personas de ambos sexos estaban sentados a sus lados y tras él en el mismo estrado de la tribuna.

Sobre el pecho del orador, el gran medallón en estrella de nueve puntas, hecho en oro y ricamente adornado con piedras preciosas, lucía como insignia y sello de su cargo de presidente de Kimor, VIII planeta de la 4ª Liga de la 10ª Subgalaxia. En el centro del medallón se veía una serpiente con tres espirales y otros tres pares de alas. Era el animal sagrado, símbolo heráldico de Kimor.

Ciertamente, no había mucha gente escuchando al orador, apenas unas cien personas, lo justo solamente para dar ambiente al acto. En cambio, numerosas cámaras de televisión así como micrófonos, recogían visual y sonoramente el acto, para llevarlo a los más apartados rincones de Kimor.

En las lujosas mansiones, en las cabañas de pastores y labriegos, en bares, hoteles y centros, de diversión, en los rascacielos-colmena, viviendas de millares de personas, en los vehículos de transporte público, en los buques, en las astronaves, millones y millones de pantallas repetían la imagen del orador y multiplicaban su discurso otras tantas veces.

Era un discurso ansiosamente esperado por los kimorianos desde semanas antes. En la oración política, el presidente iba a exponer las líneas generales de su actuación interplanetaria e intergaláctica.

—Y yo digo a todos mis conciudadanos —tronó el orador—, que en honor a quienes me eligieron y por el honor del planeta, jamás consentiremos en secundar los planes de algunos ambiciosos que buscan la destrucción de nuestras alianzas, mediante la separación de la Liga, para que ésta se disuelva por sí misma, aun cuando otros planetas pudieran imitarnos en lo que jamás haríamos...

El presidente se interrumpió de súbito.

Dejó de hablar. Su boca se torció grotescamente.

Cientos de millones de ojos lo vieron en un aterrador plano medio, que abarcaba desde la cintura a la cabeza.

Un pequeño surtidor de rojo líquido, precisamente más destacable por la fidelidad cromática de la imagen, brotó del pecho

del presidente, cuyas manos, medio segundo después, se dirigieron instintivamente hacia la herida acabada de recibir.

Un unánime grito de horror brotó de millones de gargantas, pero más sonoro de quienes se encontraban en las inmediaciones del presidente, en la pequeña sala de transmisiones de la emisora de televisión. Varios brazos se alargaron para socorrer al herido, pero llegaron tarde.

Los ojos del presidente bizquearon horriblemente. Luego se inclinó hacia adelante y se dobló sobre la barandilla del pequeño estrado, quedando en esta posición, la cabeza agitándose levemente y los brazos caídos hacia abajo.

Sus dedos se movían crispadamente. Eran movimientos reflejos que muy pronto cesaron al llegar la quietud de la muerte.

* * *

Peuc Griar sonrió satisfecho, mientras empezaba a recoger sus trabajos.

Había sido una excelente labor. Griar se había ganado a pulso la cifra concertada, medio millón de interfrancos. Griar se consideraba uno de los mejores asesinos profesionales y por dicha razón había exigido la suma mencionada para asesinar al presidente de Kimor.

Sus aparatos, consistían sustancialmente en un trípode que sustentaba una especie de telescopio de unos dos metros de longitud y objetivo de treinta centímetros. El telescopio se hallaba sobre una vigueta sustentadora, que soportaba, además, un fusil de rara factura, sin culata, solamente con la empuñadura para disparar y con la boca ensanchada por una protuberancia troncocónica de unos doce centímetros de diámetro.

Fusil y telescopio estaban orientados paralelamente. El primero, además, estaba conectado por un grueso cable conductor, convenientemente protegido, a una pequeña batería nuclear, que le proporcionaba la energía necesaria para el disparo.

Aquel fusil, como máximo, sólo podía hacer media docena de disparos antes de agotar la carga de la batería. No sólo el disparo, sino también la visión del objetivo por medio del telescopio, consumían una gran cantidad de energía.

Porque el fusil no había disparado a dos mil metros, ni dos mil kilómetros ni siquiera a dos millones de kilómetros. El disparo que había matado al presidente de Kimor había sido efectuado desde un planeta situado a unos ciento ochenta millones de kilómetros.

Silbando alegremente, Griar desconectó el fusil y empezó a

desmontarlo. A cien pasos de distancia tenía su pequeña astronave, con la que pensaba dirigirse bien pronto a un lugar donde pudiera gastar en diversiones un buen pico del medio millón cobrado por el magnicidio.

* * *

La astronave orbitaba rutinariamente por el espacio, mientras, sentado ante sus mandos, Kevin Alcton, piloto y único ocupante del aparato, bostezaba aburrido, contemplando las distintas pantallas que traían a sus ojos diferentes vistas del espacio.

Alcton volaba en aquellos momentos no lejos de un planeta desierto. En sus cartas estelares, el planeta constaba con la indicación provisional de

FH-072. Las iniciales significaban «Futuramente Habitable» y las cifras eran el número de orden de los planetas en tales condiciones.

Algún día se iniciaría la colonización de FH-072, pensó Alcton, tal vez el siglo próximo. Por el momento, aún había espacios libres en la Subgalaxia a cuyas fuerzas policiales pertenecía él como agente patrullero.

Era una vida aburrida por un lado, pero descansada y bien renumerada por otro. Sus patrullas, a veces, duraban dos semanas, pero tenía libertad para ir y venir por cualquier parte de la Subgalaxia, en una zona de millar de años luz cúbicos.

FH-072 resplandecía bajo la luz de la estrella que era su sol. Alcton conocía bien sus características. FH-072 tenía zonas desérticas pero también había en el planeta inmensos territorios fértiles, con abundante vegetación y poblados por infinidad de animales de las más variadas especies.

Alcton silbaba suavemente una melodía de moda, mientras permanecía reclinado en un cómodo sillón, con un refresco al alcance de su mano. De vez en cuando, tomaba un sorbo a través de la pajilla. Era una lástima que en las patrullas no se permitiese el alcohol; de buena gana se habría tomado un par de copas de vino.

De pronto, surgió un vivísimo chispazo en una de las pantallas. El fogonazo, que casi deslumbró a Alcton, le arrancó instantáneamente de su indolente postura.

El chispazo había durado escasamente una centésima de segundo. Pero era un relámpago, producido por una causa artificial y la obligación de Alcton consistía en investigarlo

Su mano derecha fue en el acto a una tecla del panel de mandos. A continuación, dijo:

—Informe sobre la luz sospechosa que acaban de captar los detectores.

En el interior de la astronave, un poderoso y perfectísimo cerebro electrónico analizó en cuestión de segundos el origen del relámpago. Luego, emitió una orden a sus circuitos internos y el parlante contestó:

—El fogonazo procede del disparo hecho con un fusil telescópico de alcance interplanetario.

Alcton frunció el ceño.

—Un arma prohibida —musitó.

Conocía bien los reglamentos y de nuevo habló imperativamente:

—Coordenadas de posición del arma prohibida —pidió.

Y la máquina contestó:

—El arma prohibida está en la intersección de CR-44 y TU-91, sobre la superficie de FH-072.

Para un experto como Kevin Alcton, aquella indicación era más que suficiente. Por otra parte, la respuesta estaba ya grabada en los señalizadores de rumbo.

Tocó otra tecla y dijo:

—Traslado subespacial instantáneo a un milisegundo espaciotemporal de las coordenadas recién dictadas. ¡Ahora!

Los perfectísimos mecanismos de la nave entraron en funcionamiento automática e instantáneamente. De una órbita apacible, a velocidad de rutina, la astronave pasó a desplazarse por el subespacio con velocidades inconcebibles para la mente humana.

Diez segundos más tarde, la nave se hallaba a unos ciento cincuenta metros de la superficie de FH-072. Nuevamente Alcton dio otra orden:

—Paso a control manual.

Todos los mecanismos automáticos se desconectaron por sí mismos. Alcton, con aspecto de gran concentración tanto física como mental, se dispuso a tomar tierra.

* * *

Tarareando entre dientes una alegre cancioncilla, Peuc Griar se dispuso a trasladar el telescopio a su nave. Entonces, al levantar los ojos maquinalmente, divisó a un aparato que descendía hacia él como un águila sobre su presa.

Griar pegó un tremendo respingo. En el bajo vientre de la nave podía ver el escudo ajedrezado en oro y negro de la policía patrullera del espacio, orlado de rojo. El asesino se preguntó cómo

había podido ser localizado tan pronto, cuando apenas había terminado de recoger sus trastos.

Pero no era hora de preguntas, se dijo Griar, sino de acción. Era un asesino profesional. Si lo atrapaban vivo, lo enviarían a la cámara de desintegración.

Y la policía, a pesar del paso de los siglos, continuaba empleando en sus interrogatorios métodos «tradicionales». No, no lo pasaría bien si el patrullero que caía sobre él le ponía las manos encima.

Griar tiró el telescopio a un lado y corrió en busca de un escondite para defenderse.

Lo malo era, reconoció amargamente, que la nave patrullera, al aterrizar, le había cortado el paso hacia la suya, donde tenía mejores armas que la única que llevaba sobre sí.

El fusil interplanetario no servía para disparos a cien metros de distancia. Por eso se llamaba interplanetario y, a menos de un millón de distancia, los daños que podría causar eran los mismos que produciría un buen garrote.

CAPÍTULO II

La nave patrullera disponía no solamente de numerosas pantallas visoras, sino de una gran amplitud de visión natural, a través de unas extensas lucernas que eliminaban prácticamente todo ángulo muerto para el ojo. Incluso disponía de una cámara que captaba las imágenes que se producían directamente bajo el vientre del aparato.

De este modo, Kevin Alcton pudo observar fácilmente todos los movimientos del propietario del fusil prohibido. Manejó el mando de aproximación de una de las pantallas y pudo captar durante unos instantes la expresión de sobresalto que había aparecido en la cara del individuo.

—Hombre, pero si a ese tipo le conozco yo —exclamó Kevin maquinalmente, mientras Griar lo abandonaba todo y corría a esconderse.

Segundos más tarde, la patrullera tomaba tierra. Alcton ya estaba equipado y se lanzó hacia la escotilla.

El asesino huía hacia un cercano montículo compuesto por piedras y rocas principalmente, situado en línea con la nave policial, y sus armas prohibidas. El fusil y la batería quedaban entre los dos hombres, a diez pasos escasos del montículo.

Alcton corrió hacia el asesino. Griar se volvió, empuñando una pistola de raro aspecto y Alcton, adivinando sus intenciones, se ladeó, zambulléndose ágilmente en una zanja cercana.

El disparo de Griar produjo unos efectos sorprendentes: un trozo del suelo, como de un metro cuadrado, quedó completamente liso, tan pulido como la baldosa de un pavimento.

—¡Griar! —voceó Alcton—. Peuc Griar, entrégate antes de que sea demasiado tarde para ti.

El asesino se sobresaltó.

—¿Cómo? ¿Me conoce? —preguntó a gritos.

—Claro que te conozco. Soy Kevin Alcton y me parece que tú también me conoces a mí —contestó el policía—. ¿A quién has matado, Griar?

—Eso no te importa, curioso. Déjame marchar y te daré cien mil interfrancos.

—Ni lo sueñes. Eres un asesino profesional y tienes que purgar el crimen que acabas de cometer.

—¿Y quién diablos te ha dicho que he matado a alguien?

—He captado en mis pantallas el disparo de tu fusil interplanetario. El destello del disparo ha sido recogido fielmente por los detectores. ¿Quieres más pruebas, Griar?

El asesino maldijo horriblemente.

—Pero si mi fusil no emite fogonazos al disparar —objetó, con cierta ingenuidad, que hizo sonreír a Alcton.

—Fogonazos visibles, no, desde luego; pero sí lanza una poderosa emisión de energía de la descarga subespacial y ésta es captada en las pantallas. Griar, debiste aprender esto antes de decidirte a trocar la pistola corriente por el fusil interplanetario.

Griar maldijo de nuevo. Era la primera vez que cometía un asesinato interplanetario y el que le había vendido el fusil no le había explicado bien todas sus características.

—¿Quién te pagó por matar, Griar? —preguntó Alcton.

El asesino disparó de nuevo. Alcton se agazapó en la zanja, mientras el suelo se explanaba a su alrededor.

—No quiere entregarse —masculló—. Tendré que hacer un disparo de intimidación.

Alcton colocó una microgranada en la pistola y esperó un intervalo en los disparos de Griar, para hacer él uno a su vez, con ánimo de impresionar al asesino y obligarle a rendirse.

Los efectos del disparo fueron sorprendentes. Alcton ya sabía que la bala explotaría ruidosamente, con la misma potencia de un antiguo obús de 105, pero dio la casualidad de que el impacto se produjo en la batería del fusil interplanetario y la energía que aún quedaba se descargó de golpe.

* * *

INFORME DEL AGENTE 009844 Kevin Alcton, 7ª Escuadra, 52ª Compañía, 4ª División de la Policía del Espacio.

A las 0942 horas me encontraba patrullando con mi nave por la zona A-37, a unos diez millones de kilómetros de FH-072. En ese momento, mis pantallas captaron un fogonazo sospechoso, que identificado resultó ser el de un disparo realizado con un fusil interplanetario. El orientador automático de rumbo me condujo hasta las coordenadas CR-44 y TU-91, en la superficie del planeta ya citado. Una vez allí, fui atacado por el autor del disparo, identificado como Peuc Griar, asesino profesional. Griar me disparó con una pistola explanadora, la cual había utilizado previamente a fin de obtener una superficie perfectamente lisa, en la cual colocar

el trípode sustentador de su fusil interplanetario.

En vista de la irreductible actitud de Griar, me vi obligado a hacerle un disparo de intimidación, empleando microgranada. El proyectil, casualmente, fue a dar en la batería que alimenta al fusil ya mencionado, cuya energía liberó de golpe, produciéndose una tremenda explosión, con gran onda explosiva, que barrió el refugio donde se encontraba el sospechoso.

Griar resultó gravísimamente herido. Pude interrogarle antes de que muriese, con ánimo de conocer el nombre de la persona que le había contratado para realizar el asesinato, por el cual, según declaró, había percibido un millón de interfrancos. Griar manifestó que no lo conocía, que no lo había visto jamás, que la entrevista se celebró en un lugar reservado, cuyo nombre no pude entender, a causa de los balbuceos provocados en su voz por la inminente agonía.

No obstante, Griar pudo decirme que su contratante usaba un anillo con un sello en el que se veía grabado un ciempiés de oro, con la cifra 3. A los pocos momentos, Griar falleció.

Junto a este informe, se entregan los elementos componentes del arma prohibida. La astronave de Griar ha quedado en las coordenadas citadas de FH-072 para ser recogida cuando la superioridad lo estime conveniente.

El fallecimiento de Griar se produjo a las 10.04.

Se unen fotografías del lugar de la acción al presente informe. Respetuosamente,

K. Alcton.

* * *

—Esto es un informe —dijo Juan Méndez, director en jefe de la Policía Superior Galáctica, más comúnmente conocida por Superpol, una vez hubo terminado la lectura del documento transcrito.

Payt Ugroo, secretario, general, hizo un gesto de asentimiento.

—Así es, señor. Todo está y nada sobra ni falta. Un modelo de elocuencia escrita y de concisión al mismo tiempo.

—¿Quién es este Alcton? —preguntó Méndez—. ¿Lo conoce usted, Payt?

—No, señor. Pero, si lo desea, puedo pedir informes a la policía del espacio.

—Hágalo —accedió el jefe de la Superpol pensativamente—. Alcton es el primero que encuentra un rastro, después de que el asesinato del presidente de Kimor ha culminado una serie de crímenes políticos cuyos objetivos son bien conocidos.

—Pero, en cambio, desconocemos por completo a los instigadores de tales crímenes y, si no destruimos pronto su organización, la Subgalaxia corre el peligro de caer en una catastrófica atomización política.

—Que es lo que pretenden ellos, precisamente —Méndez se reclinó hacia atrás en su asiento y miró a su secretario de hito en hito—. Payt, llevamos ya meses investigando estos sucesos. Los mejores agentes de nuestro departamento han tomado cartas en el asunto, pero los resultados obtenidos han sido deprimentemente pobres.

—Así es en efecto, señor —reconoció el secretario.

—Y yo me digo: ¿Por qué no emplear a un hombre nuevo en el caso?

—¿Alcton, señor?

—Alcton —confirmó Méndez.

—Pero no tiene experiencia alguna en la Superpol...

—Payt, Alcton es un hombre meticuloso y observador. En cuatro palabras, nos ha dicho más de lo que todos los agentes del departamento han conseguido averiguar durante meses enteros. No digo que parte de su éxito no se deba a la casualidad; a fin de cuentas, patrullaba por las inmediaciones de FH-072 en el momento del disparo, pero sus informes son preciosos... y precisos.

—Eso es cierto, señor —concordó Ugroo.

—Y nuestros agentes, aun los mejores, tienen una visión demasiado limitada y con prejuicios sobre el caso. Necesitamos a un hombre carente de tales prejuicios, que sepa ver el asunto desde otros ángulos nuevos, inéditos, que esté liberado de las cargas mentales que afectan a los agentes del departamento...

Ugroo sonrió al observar el entusiasmo de su jefe.

—En resumen —dijo—, me está proponiendo que nombremos a Alcton agente provisional del departamento.

—Exactamente, Payt —confirmó Méndez.

—¿Y si fracasa?

Méndez lanzó un profundo suspiro.

—Un fracaso más, ¿qué puede importamos? —dijo amargamente —. Pero debemos emplear todos los recursos y, ¡qué diablos!, Alcton puede ser el recurso salvador.

* * *

Después de su patrulla de dos semanas por el espacio, Kevin Alcton disponía de diez días absolutamente libres para él.

Cuando no tenía servicio, Alcton, a veces, acudía a un lugar donde sabía iba a encontrar una confortante distracción. Vestido de

paisano, encaminó sus pasos hacia una taberna muy conocida en la capital del planeta.

Era ya de noche cuando llegó a su destino. La fachada del local estallaba de luz. A través de los grandes ventanales, Alcton pudo divisar la numerosa clientela que, como de costumbre, abarrotaba la taberna.

Los rótulos decían, y no mentían, que en la GABY'S TAVERN se servían los mejores vinos y se ofrecían las mejores atracciones de la Subgalaxia. En verdad, Gaby Epp, dueña del local, empleaba a mujeres hermosísimas para aumentar la clientela y lo conseguía plenamente. No todas las mujeres bellas conseguían colocarse en la taberna. Para la que lo lograba, era un signo indiscutible de distinción.

Alcton cruzó el umbral. El portero ya le conocía y le hizo un alegre saludo con la mano. Casi en el acto, una hermosa orionita, de piel canela y ojos dorados, corrió hacia él y se colgó de su cuello.

—¿Me invitas a una copa, Kevin? —pidió ansiosamente.

—Ve al mostrador y que te la sirvan por mi cuenta —respondió Alcton, deshaciendo suavemente el abrazo—. Otro día me quedaré contigo, Nina.

La joven mostró claramente la decepción que sentía. Alcton continuó su camino, acosado por otras mujeres no menos bellas.

Las había de todas las clases y tipos: piel blanquísima, piel de carbón, piel rojiza, piel canela... pero con un denominador común: belleza de rostro y de figura.

Alcton era un hombre joven, de casi dos metros, robusto, bien plantado, pelo negro, ojos claros y sonrisa fácil. En el servicio, cumplía estrictamente y aún iba más allá del deber. Una vez se despojaba del uniforme, era sólo un hombre ansioso de diversión.

Conocía a mucha gente en la taberna. Conocía, sobre todo, a la dueña, la hermosa Gaby Epp. Ella era, precisamente, la causa de que Alcton hubiese acudido al local.

De repente, se fijó en una mujer que estaba sentada ante una mesa, en la que había una copa llena de vino dorado, apenas sin tocar. El aspecto de la mujer le chocó extraordinariamente.

Era joven, pues aún no había cumplido los veinticinco años, pero contrariamente a la costumbre, llevaba un vestido que la cubría de los pies a la cabeza. Tenía el pelo muy rubio y los ojos extrañamente claros, tanto que parecían carecer de pupilas.

Estaba muy seria, aparentemente ajena al bullicio que la rodeaba. Lo más extraño para Alcton era el color de su vestido, enteramente negro, salvo una estrecha greca dorada del cuello al borde de la falda.

Pero casi enseguida, Alcton olvidó a la joven y avanzó hacia una puerta situada a la derecha del interminable mostrador. Al otro lado de aquella puerta, seguro, había quien le esperaba.

CAPÍTULO III

Alcton abrió una puerta en el piso superior y asomó la cabeza.

—Hola —saludó alegremente.

Había una mujer sentada ante un tocador, cuyo espejo ocupaba todo un lienzo de la pared. Al oír la voz del joven se volvió y lanzó una exclamación de júbilo.

—¡Kevin!

Gaby Epp se levantó de un salto y, sin cuidarse de lo sucinto de su atavío, casi inexistente, corrió hacia el joven, saltó hacia arriba y se colgó de su cuello. Alcton la recogió en sus brazos.

—Granuja, canalla —le apostrofó Gaby cariñosamente—. Has estado más de dos meses sin venir a verme...

—He tenido trabajo —se disculpó él.

—Cada dos semanas, tienes diez días libres. ¿Qué has hecho en los otros espacios de descanso?

—Eso, descansar —sonrió Alcton alegremente.

—Si no fueras tan atractivo... —suspiró ella, buscando vorazmente los labios varoniles.

Momentos después, sofocada y todavía jadeante, Gaby se sentaba ante el espejo. Cogió el cepillo y empezó a pasárselo por su frondosa cabellera de ala de cuervo.

—Cuéntame, ¿qué has hecho por ahí? —preguntó, mientras él se servía una copa del dorado vino de Ehnyer IV.

—Patrullar, ¿qué quieres que hiciese?

—Algo más —dijo Gaby—. Todos los periódicos han hablado de tu encuentro con Griar, el asesino del presidente. Una hazaña única, Kevin.

—Suerte, simplemente —Alcton se apoyó en la pared, junto al tocador, con la copa en la mano—. ¿Cómo marcha el negocio?

Ella le dirigió una mirada oblicua, junto con una incitante sonrisa.

—Todavía gano lo suficiente para invitarte a una copa —contestó. De pronto se puso en pie y colocó ambas manos en los fuertes brazos del joven—. Kevin, ¿por qué no abandonas de una vez tu maldito empleo y te vienes a trabajar conmigo?

—Me gusta, Gaby, tú lo sabes bien.

—Como patrullero, ganas una miseria. Yo te daría un sueldo diez veces mayor... y además... Bueno, Kevin —dijo ella anhelante

—, ¿es que no te figuras lo demás?

Alcton contempló pensativamente el fondo de su copa.

—Matrimonio, ¿verdad? —murmuró.

—Exacto. En el momento que quieras y donde quieras y ante quien quieras, Kevin.

El joven la miró fijamente.

Era una mujer de soberana hermosura, alta, de formas opulentas y un par de años más joven que él. Alcton sabía que Gaby estaba chiflada por él y que le bastaría levantar un dedo para que ella hiciese cualquier cosa que le pidiera.

—Otro día hablaremos del asunto, nena —contestó con ligero acento.

—Oh, siempre dices lo mismo —exclamó ella, fastidiada—. Nunca te decides y yo te debería enviar al diablo... pero soy una maldita tonta y...

Nuevamente buscó los labios de Alcton. El joven pensó que Gaby era irresistible y dejó la copa sobre el tocador.

Sus brazos estrujaron literalmente el talle de la mujer. Ella no se quejó siquiera.

* * *

—Otra vez tengo que arreglarme el pelo —dijo Gaby sonriendo con malicia.

—Y yo me estoy tomando la segunda copa de vino —contestó él —. ¿Bajarás luego a la sala?

—Es mi obligación, ¿no? ¿Qué harás tú? ¿Me esperarás aquí?

—Gaby, yo querría hacerte una pregunta, si no te importa.

—Por supuesto, querido.

—¿Has contratado a alguna chica nueva en estos días?

—No —respondió ella, ligeramente asombrada—. ¿Por qué lo dices?

Alcton se acercó a la pared y presionó un interruptor. En el acto se encendió una pantalla de televisión, de un metro de lado aproximadamente.

Una, vista general del local apareció en la pantalla. Alcton orientó la cámara hasta enfocar a la mujer enlutada. Luego manejó el mando de aproximación hasta que la figura de la joven llenó la pantalla casi por completo.

—A esta dama me refiero —dijo él.

Gaby lanzó una mirada a la pantalla.

—Kevin, no la conozco —respondió.

—Vaya —comentó Alcton—. ¿Qué diablos hace ahí, tan sola y

con ese aspecto tan fúnebre? Que yo sepa, tu taberna es un sitio para divertirse, ¿no crees?

—Eso pensaba yo, hasta que la vi aparecer a ella hace unos ocho días. Desde entonces, ha acudido a diario, pero jamás ha aceptado una invitación ni ha permitido el menor devaneo con ninguno de mis clientes. Francamente, Kevin, no sé qué diablos hace ni tampoco sé quién es.

Gaby se puso en pie y se acercó al ropero, del que extrajo un magnífico vestido de una sola pieza de tejido de oro. Una vez se lo hubo puesto y calzado unos zapatos de altísimo tacón, se acercó al joven y le volvió la espalda.

—Súbeme el cierre, ¿quieres?

Alcton se inclinó y depositó un beso en la perfumada piel de la mujer. Ella soltó una risita.

—Vamos, mis clientes me esperan —dijo.

El cierre ajustó el vestido a la opulenta anatomía de Gaby como una piel de oro. Ella se volvió y le dio un golpecito en la mejilla.

—Eres maravilloso, querido —murmuró.

Y, en aquel momento, llamaron a la puerta.

—¡Pase! —invitó la mujer.

La puerta se abrió y dos hombres entraron en la estancia. Alcton se sintió preocupado al verlos.

Eran dos tipos tremendamente robustos, vestidos con una especie de blusas holgadas bajo las cuales, adivinó Alcton, llevaban sus armas. El aspecto de la pareja le desagradó de inmediato.

—Hola, Gaby —dijo uno de los recién llegados—. No sabía que tuvieras visita.

—Ya me iba —declaró Alcton.

Gaby extendió una mano.

—No, quédate —pidió—. Tú eres de confianza y puedes oír lo que estos caballeros tienen que decirme. Seguramente vienen de parte del «Ciempiés», ¿verdad?

—Acertó, hermosa —dijo riendo uno de los sujetos—, aunque a él le gusta más que le llamen por su nombre. Bevis Tiller, ¿lo recuerdas?

—Sí, y también recuerdo su anterior mensaje —contestó Gaby iracundamente—. Pero en cambio, ese maldito «Ciempiés» ha olvidado el mío.

—Al contrario, lo recuerda estupendamente. Tiller no olvida tu negativa, hermosa. Por eso nos ha enviado a reiterar la petición que te hizo la semana pasada.

—Tu taberna corre peligro de incendio —dijo el otro individuo —. Con una prima de cincuenta mil interfrancos mensuales, quedarías a cubierto de cualquier riesgo, créenos.

—¡Cincuenta mil tiros para ese «Ciempiés» y toda su ralea! —gritó Gaby descompuestamente—. Vamos, lárguense de aquí y díganle de una vez por todas que no pienso pagarle ni siquiera el precio de un palillo de dientes. ¿Está claro, bastardos?

* * *

Los dos hombres cambiaron una mirada de inteligencia.

—Esta pobre mujer se ha vuelto loca —comentó uno de ellos.

—Rechazar un seguro... tan seguro —dijo el otro, riendo desaforadamente—. Es absolutamente estúpido, ¿no crees, Hal?

—Lo creo, Wey; y creo también que ella necesita una buena lección.

—Un par de zurras en sus lindas posaderas, ¿tal vez?

Gaby lanzó una mirada hacia Alcton. El joven le contestó con un pestañeo de asentimiento.

Carraspeó y dijo:

—Caballeros...

Hal y Wey se volvieron hacia él.

—Mira, si resulta que Gaby no estaba sola.

—Es verdad, no me había dado cuenta de este ratoncito.

Alcton no hizo caso de las pullas que le dirigían. En lugar de enojarse, dijo sosegadamente:

—Según tengo entendido, son ustedes agentes de seguros.

—Pues... así podría llamarse a nuestra profesión —admitió Hal con voluble acento.

—Pero, por lo que veo, son ustedes como algunos médicos: no toman jamás la medicina que recetan a sus pacientes cuando ellos padecen la misma enfermedad.

—Y eso, ¿qué quiere decir? —exclamó Wey airadamente.

—Muy sencillo, que no se han hecho un seguro contra desperfectos en sus propios cuerpos.

Wey se volvió hacia el otro.

—Hal, este tipo pretende asustarnos —observó.

—Gaby —dijo Hal—, no sabíamos que hubieras contratado un guarda-espaldas.

Ella cruzó los brazos bajo las opulentas formas.

—Es mi delegado general de limpieza —contestó sarcásticamente.

—Y... ¿va a limpiar tus habitaciones?

—Sí, de la porquería que sois vosotros dos.

Hal suspiró.

—Tenemos instrucciones con dos alternativas. Cobrar o...

—O sacudir — completó Wey significativamente:

—Yo que usted —dijo Alcton—, tendría mucho cuidado con la cámara que le está filmando desde el techo. También registra los sonidos, ¿sabe?

Wey levantó la cabeza instintivamente. Entonces, el puño de Alcton se disparó con terrorífica potencia y el rufián salió disparado, literalmente arrancado del suelo, hasta estrellarse contra la pared opuesta.

Hal lanzó un rugido de cólera y se abalanzó contra el joven. Alcton no se inmutó siquiera.

Su pie derecho golpeó despiadadamente la ingle del rufián. Hal se curvó sobre sí mismo, lanzando un grito de agonía.

El puño derecho de Alcton, impactando detrás de su oreja izquierda, remató la faena. Acto seguido, Alcton les registró, desposeyéndoles de sendas pistolas desintegrantes que lanzó a un rincón.

Miró a Gaby y sonrió. Ella había palidecido al iniciarse la pelea, pero ya empezaba a recobrarse.

—Antes me nombraste delegado general de limpieza, ¿verdad?

—Fue una broma —sonrió Gaby.

—¡Oh no, en absoluto! Es un cargo que me he tomado muy en serio —dijo él.

Abrió la puerta. Una escalera conducía al piso inferior.

Hal primero y Wey a continuación, recorrieron todos los peldaños de la escalera, hasta quedar al pie de la misma, gimiendo maltrechos por los golpes recibidos.

—Te veré otro día, Gaby —se despidió él.

Bajó la escalera. Aparentemente, era más bajo que los dos hampones, pero poseía una fuerza muscular poco común. Los agarró por los cuellos de sus blusas y los arrastró hasta la puerta que daba a la trasera del edificio.

Dos feroces puntapiés completaron la «limpieza». Los rufianes rodaron por el suelo, sin ánimo para reaccionar.

—Y díganle al «Ciempiés» —exclamó Alcton como colofón de su obra—, que si vuelve a molestar a Gaby, iré a buscarle y le arrancaré las patas una por una.

CAPÍTULO IV

Kevin Alcton juzgó oportuno salir del local por la puerta principal. Cruzó la taberna y cuando estaba a mitad de camino, vio que la dama de luto salía ya a la calle.

Un instintivo sentimiento de curiosidad le impulsó a seguirla. Una vez en el exterior, vio que la joven caminaba a lo largo de la acera, en lugar de usar un helitaxi o su vehículo particular.

La mujer llevaba ocho días acudiendo a la taberna, sin relacionarse con nadie. ¿Por qué? ¿Cuáles eran sus intenciones?

La noche estaba ya muy avanzada y la circulación, tanto de personas como de vehículos era mínima. Delante de Alcton, la dama de luto caminaba sin prisas, pero tampoco con el aire de quien se está paseando.

De repente, cuando ya había recorrido unos cien metros, un aeromóvil descendió de las alturas y se posó junto a la acera. Dos hombres salieron del vehículo y corrieron hacia la joven.

Ella se detuvo, sorprendida. Antes de que pudiera reaccionar, los dos hombres la agarraron por los brazos y tiraron de ella hacia el aeromóvil.

Un grito de socorro se escapó de labios de la joven, quien reaccionó, forcejeando desesperadamente para evitar el rapto. Uno de sus atacantes intentó taparle la boca.

Entonces, un hombre cayó sobre los secuestradores. El primero salió despedido a causa del puñetazo recibido en la mandíbula.

Su compañero retrocedió dos pasos y metió la mano en un bolsillo, a la vez que profería una atroz imprecación.

—Maldito entrometido...

Alcton adivinó que el sujeto iba a sacar un arma y se abalanzó sobre él agarrándole la muñeca derecha, en el preciso momento en que la mano salía fuera de sus ropajes.

El hombre forcejeó. Alcton le retorció la muñeca bruscamente.

Se oyó un chasquido, pero no era de huesos. Algo brillante surgió en décimas de segundo, se enroscó en torno al cuello del raptor y presionó con potencia irresistible.

El individuo emitió un espantoso gorgoteo. Vaciló, dando tres o cuatro pasos sin rumbo fijo por la acera a la vez que intentaba arrancarse el dogal de acero que ceñía su garganta. De pronto, se desplomó al suelo y, tras unos convulsivos pataleos, se quedó

inmóvil.

Alcton se dio cuenta entonces de que la joven había contemplado la escena a pocos pasos de distancia, apoyada en la pared de un edificio próximo. Se acercó a ella e hizo una ligera inclinación de cabeza.

—Señora, lamento lo ocurrido, aunque me alegro de haber intervenido a tiempo —manifestó—. Esos hombres pretendían raptarla, creo.

La joven contestó con un signo afirmativo.

—Sí, querían secuestrarme y de no haber sido por su valerosa, intervención... Pero ¡ese hombre ha muerto! —exclamó de pronto, señalando a uno de los caídos.

—Sí. Quiso emplear en mi cuello un estrangulador automático, aunque por fortuna, le doblé la muñeca a tiempo.

—Un arma terrible —musitó ella.

—En efecto. Señora, ¿quiere que llamemos a una patrulla para informar de lo sucedido?

—No, no deseo presentar ninguna denuncia. Gracias, señor...

—Alcton, Kevin Alcton —se presentó el joven—. No he oído su nombre señora —agregó intencionadamente.

—Greta Dobsson —contestó ella.

—Si lo desea, la acompañaré hasta su casa —se ofreció él.

—No, no es necesario. Ahora... creo que ya no corro ningún peligro, señor Alcton. Gracias de nuevo y... ¡adiós!

El joven se quedó parado mientras ella echaba a correr. A los pocos segundos, desaparecía tras la primera esquina.

Alcton se encogió de hombros.

—Bien, al menos ya sé su nombre —se consoló. Y luego pensó que era preciso avisar a una patrulla nocturna, para dar cuenta del suceso.

* * *

La noche había sido muy agitada y Alcton llegó casi de madrugada a su alojamiento. Abrió la puerta y vio que la luz estaba encendida.

Un hombre roncaba en un cómodo sillón. Para Alcton, el intruso resultaba completamente desconocido.

Contaba unos cincuenta años de edad, tenía el pelo entrecano y la cara cuadrada y de rasgos enérgicos. Alcton tosió un par de veces y el intruso abrió los ojos.

—¡Al fin! —exclamó—. Creí que no iba a llegar nunca usted. ¿Tanto les gusta divertirse a los patrulleros del espacio cuando

están en tierra firme?

Alcton se puso rígido.

—Por favor —dijo—, ¿quién es usted?

—Juan Méndez, director jefe de la Policía Superior —se presentó el individuo, a la vez que se levantaba—. Supongo que habrá oído usted hablar de ese organismo, al cual la voz popular designa con el nombre de Superpol.

—En efecto —admitió el joven—. Lo que no imagino es por qué el director en jefe de tan poderosa organización policíaca se ha dignado en acudir a mi casa. ¿He cometido algún «superdelito», señor?

Méndez emitió una sonrisa de benevolencia.

—Descuide, Alcton. Porque usted es Alcton, si no me equivoco —contestó.

—En efecto, señor. Kevin Alcton, agente número...

—No, no siga con la retahíla. Ya lo he leído todo en el informe que usted redactó sobre la muerte de un tal Peuc Griar. ¿Lo recuerda?

—Perfectamente, señor. Debo decirle que el individuo me atacó, rechazando todas mis intimaciones de rendición y que...

—Lo sé, lo sé —sonrió Méndez—. A propósito, ¿dónde diablos tiene usted la dispensadora automática de café caliente? Está amaneciendo ya y... Ah, allí la veo —exclamó, dirigiéndose hacia un punto determinado de la pared—. ¿Quiere una taza de café, Alcton?

—Si no le representa molestia...

—Ninguna —contestó el director de la Superpol—. Por cierto, ¿qué sabe usted de nuestra organización? — preguntó, mientras esperaba que la máquina llenase una de las tazas.

—Bueno, no mucho, señor. Yo solamente un simple patrullero...

—Con un elevado índice de eficiencia, según he averiguado en su hoja de servicios. Su cociente de inteligencia es asimismo uno de los más altos de su división —le entregó una taza de café y volvió junto a la máquina—. Alcton, con sus cualidades, ¿qué diablos hace usted en la Policía del Espacio en lugar de aspirar a un puesto mejor en un organismo de mayor categoría?

—Ya solicité un puesto en la Superpol, señor, pero me rechazaron al examinar la solicitud de ingreso —contestó el joven.

Méndez enarcó las cejas.

—Eso no lo sabía yo —manifestó.

—Puesto que la solicitud tuvo efecto antes de mi ingreso en las patrullas del espacio, no tenía por qué constar en mi expediente.

—Puede ser —dijo Méndez—. De todas formas, ese trámite ya no es necesario, Alcton. A partir de este momento, es usted un

miembro activo de la Policía Superior.

Alcton se quedó boquiabierto. El hombre que tenía frente a sí ¿hablaba en serio o se trataba de un demente?

* * *

La Policía Superior de la Galaxia o Superpol, como era llamada vulgarmente, entendía de delitos de envergadura que escapaba a la jurisdicción de menor categoría.

Un agente de la Superpol, en funciones, tenía la suficiente autoridad para dar órdenes a jefes de policía con rango planetario y aun a directores de la policía de todo un sistema, si en el curso de sus investigaciones encontraba algún detalle, pista o rastro que lo hiciera necesario. Todas las puertas se abrían ante un miembro del superior organismo policíaco de la Galaxia, y aun los mismos jefes de Estado estaban obligados a recibir a un superpolicía cuando éste necesitaba cualquier información que estimase vital para sus investigaciones.

Tanto el ingreso como la selección de los aspirantes eran rigurosísimos y muchos querían formar parte de la Superpol, pero pocos conseguían sus propósitos. Esto era más o menos lo que Kevin Alcton sabía de la Policía Superior y era la primera vez que conocía a su jefe, cuyo rostro, por otra parte, no aparecía jamás en las pantallas ni en los periódicos impresos.

—Me deja usted anonadado, señor —confesó al cabo—. Yo no poseo ni la preparación suficiente ni la clase de conocimientos que son necesarios para desempeñar un cargo de semejante categoría.

—¡Tonterías! —bufó Méndez—. A juzgar por lo que sé de usted, vale más que muchos de mis agentes y cuidado que los tengo buenos. Pero están enmohecidos, se les ha gastado la imaginación y su cerebro necesita de grandes cantidades de fósforo. Usted es el hombre que nos hacía falta; por eso le he nombrado agente de la Superpol.

—Para investigar, ¿qué? —preguntó Alcton.

Méndez sonrió.

—Acaba de dar en la diana, muchacho —contestó—. ¿Ha oído hablar de la muerte de Hayath Wogr, exarca de Siphor IX?

—Por supuesto, señor.

—¿Y de la muerte de Lúu XXX, rey de Kalavela II?

—Desde luego.

—¿Quiere que siga citándole más jefes de Estado asesinados en los últimos tiempos? El presidente Hambr, de Kimor; el gran duque Tell Dobsson, de Frastare VIII…

—¡Dobsson! —repitió Alcton, atónito.

—¿Qué le pasa con el gran duque? —inquirió Méndez—. ¿Acaso lo conocía usted?

—He conocido recientemente a una persona de su mismo apellido; pero siga, señor, se lo ruego.

—Bien —continuó el jefe de la Superpol—, como ha podido apreciar, se han cometido una serie de magnicidios en el transcurso de un año, a cuyos asesinos no se ha podido capturar, salvo el último caso, el de Hambr, de Kimor, al cual mató usted en combate. Esos asesinatos, obvio es decir lo, tienen una finalidad política de altos vuelos, lo cual ha obligado a mi organización a tomar cartas en el asunto.

—Empiezo a sospechar que usted quiere que yo me haga cargo del asunto —dijo Ale ton.

—Exactamente —confirmó Méndez.

—Pero, ¿qué persiguen los asesinos?

—Sencillamente, la atomización de la subgalaxia y la división de sus estados planetarios en minúsculos reinos y repúblicas de escasa entidad política, aunque cada uno de ellos sea un planeta. Pero hasta ahí es todo lo que puedo decirle, porque el motivo ulterior, es decir, lo que pretenden conseguir una vez hayan logrado esta primera etapa, la desintegración de la subgalaxia, me resulta tan desconocido como a usted.

—No será fácil conseguirlo, señor —dijo Alcton.

—No, no lo será —admitió Méndez sin pestañear.

—Y… ¿por dónde empiezo, señor?

—Yo le aconsejaría que a partir de su encuentro de Griar. Peuc Criar puede ser el cabo del hilo que le lleve al ovillo. Usted tiene una mente fresca, descargada de preocupaciones y sin prejuicios nocivos, que puedan interferir su labor. Hágalo, Alcton —concluyó el director de la Superpol.

—Lo intentaré, señor —sonrió el joven, no muy seguro todavía de hallarse despierto.

—Lo conseguirá —afirmó Méndez—. Por supuesto, todo cuanto pueda necesitar de mi organización, le será facilitado en el acto y sin rechistar. De momento…

Méndez metió la mano en el interior de su traje y extrajo un fajo de billetes que lanzó sobre una mesa.

—Para primeros gastos —anunció—. Doscientos cincuenta mil interfrancos.

—Es mi sueldo de diez años —dijo él, perplejo.

—Puede necesitar un poco de «grasa» para estimular ciertas lenguas herrumbrosas —contestó Méndez pintorescamente—. Y, naturalmente, también necesita la insignia.

Le entregó un disco esmaltado en azul, en cuyo interior se veía un sol de oro, que despedía rayos en zig-zag. Cada rayo terminaba en una diminuta estrella de plata.

En el centro del disco solar, se veían las tres iniciales de la organización: P.S.G. Policía Superior de la Galaxia.

En el anverso estaba grabada ya la imagen del dueño de la placa y un número de orden. Alcton sintió que su asombro subía de grado.

—Por lo visto —dijo—, contaba ya, con mi asentimiento cuando ordenó preparar esta placa.

—Me parece que no podía negarse —respondió—. De todas formas, sabía que aceptaría, Alcton.

Se encaminó hacia la puerta. Con la mano en el pomo, se volvió hacia el joven.

—Le deseo mucha suerte —dijo—. Ah, una recomendación. Cualquier informe de esta investigación, deberá serme entregado a mí en persona y no a nadie más, cualquiera que sea su grado o categoría dentro de la Superpol. ¿Entendido?

—Sí, señor —contestó Alcton, sintiéndose abrumado por la responsabilidad con que le habían cargado.

CAPÍTULO V

Kevin Alcton despertó pasado el mediodía y, durante unos segundos, permaneció todavía en la cama, pensando si la conversación que había sostenido a la madrugada con Méndez era real o había sido producto de un sueño.

La placa de su nueva categoría estaba sobre la mesilla de noche. Ello le dijo que no había soñado y que, en efecto, era el agente WR-400 de la Superpol.

Apoyado en un codo, contempló el dibujo de la insignia. Los rayos zigzagueantes del sol, que terminaban en sendas estrellas, tenían una interpretación fácil: el largo brazo de la Superpol alcanzaba a los más remotos confines de la Galaxia.

¿Por dónde empezar?, se preguntó, minutos después, mientras la ducha de agua fría terminaba de alejar las últimas brumas de su cerebro.

Cuando estaba en el secador de aire caliente, encontró la solución.

¿No había mencionado el jefe a un tal Dobsson, jefazo de no recordaba cuál planeta, asesinado misteriosamente?

El nombre de Dobsson le trajo a la memoria el encuentro de la víspera con la bella dama de luto. Por cierto, ¿qué pretendía acudiendo a diario a la GABY'S TAVERN?

Sería cosa de interrogar a la hermosa joven. El problema, ahora, estribaba en hallarla en aquella populosa ciudad de más de cuarenta millones de habitantes, capital de la Subgalaxia.

Había un medio para conseguirlo. Se acercó a su intercomunicador, con pantalla de televisión, llevando algo en la mano, y presionó una tecla.

La pantalla se iluminó en el acto. Una cara femenina apareció ante los ojos de Alcton.

—Información de la Policía, señor. ¿Podemos servirle en algo? —preguntó.

—En electo —contestó el joven—. Deseo conocer el domicilio actual de mía dama llamada Greta Dobsson. Necesito comunicarme con ella.

—Un momento, señor —rogó la mujer.

Alcton vio que la empleada manipulaba en un enorme teclado que tenía a la derecha de su mesa. El control de personas de la

Policía era perfecto.

Instantes después, la joven contestaba:

—Lo siento, señor. Esa información queda prohibida, por expreso deseo de la interesada, con la aprobación del director general de la Policía de la capital.

Algunas personas solicitaban, y lo conseguían, que su domicilio no fuese sujeto a información general. Por lo común, eran personas de elevado rango y con motivos suficientes para que el jefe de Policía accediese a la petición.

Alcton no se inmutó. Puso delante del objetivo su placa de Superpolicía y dijo:

—El domicilio de Greta Dobsson, por favor.

La funcionaria se sobresaltó. Aquella placa era el distintivo de un rango superior al del jefe de Policía de la capital.

—Sí, señor, ahora mismo —contestó—. Un momento, se lo ruego...

Alcton sonrió para sus adentros. El disco de la Superpol era una especie de llave mágica que abría todas las puertas.

Instantes después, tenía la respuesta:

—La señorita Greta Dobsson vive, accidentalmente, en la XXXVIII Avenida, número 28.031. Si desea el número de su intercomunicador...

—Muchas gracias —sonrió Alcton—. Eso es todo lo que deseaba saber, señorita.

* * *

La XXXVIII Avenida medía unos ochenta kilómetros de punta a punta. Alcton podía haber empleado su propio aeromóvil, pero prefirió usar un túnel colectivo, tomando el ramal expreso, lo que le llevó a las inmediaciones de su objetivo en menos de un cuarto de hora.

Salió a la superficie a pocos cientos de metros de la casa de Greta. La zona era de tipo residencial y la mayoría de los edificios eran de planta baja y rodeados de jardín.

«Casas para gente con dinero», pensó.

Momentos después, estaba ante la entrada del jardín del número 28.031.

Empujó una puertecita baja y avanzó unos pasos. De pronto, sintió que le era imposible avanzar un paso más.

No se veía el menor obstáculo ni había siquiera una fina red metálica que cerrase su avance, pero le era imposible dar un paso más.

Entonces comprendió lo que sucedía. Greta Dobsson se defendía, simplemente.

La joven apareció de pronto en el umbral de la casa, a diez metros de distancia. Alcton apreció que ahora vestía de un modo muy distinto: una simple blusa, sin espalda, al parecer, y unos breves pantaloncitos, todo de color crema claro.

Aparecía seria y hasta enojada. Resultaba evidente que la visita no era de su agrado.

—Márchese —dijo secamente—. No quiero recibir a nadie.

—¿Ni a mí, señorita Dobsson? —preguntó Alcton.

Greta le reconoció entonces.

—Oh, es usted —exclamó—. Dispénseme... pero aun así, lamento no poder recibirle.

—¿A quién teme, Greta Dobsson? —preguntó el joven—. ¿Por qué se protege bajo una cúpula de energía?

—No creo que eso le interese mucho, señor Alcton —contestó ella—. Le estoy muy agradecida por lo que hizo ayer en mi favor, pero, repito, tenga la bondad de marcharse.

—Señorita, imagino que su cúpula de energía funciona a base de la electricidad que recibe en las líneas de su casa. Si lo prefiere así telefonearé a la Central General de Energía para que corten el aflujo de electricidad a su casa, con lo que el obstáculo desaparecerá en el acto y yo podré hablar con usted en su casa.

—No creo que le permitan...

Alcton sacó a relucir de nuevo su insignia.

—Superpol —dijo—. Y ahora, ¿me recibe *a* hago quitar la cúpula de energía?

Greta se sorprendió vivamente. Luego hizo un gesto de resignación y contestó:

—Está bien, entre.

Al mismo tiempo, alargó una mano y tocó un interruptor situado junto a la jamba, en el interior de la casa. Alcton guardó la insignia en el bolsillo y avanzó a través del jardín.

Momentos después, Greta le indicaba un sillón en una vasta sala, elegantemente amueblada.

—Le escucho, señor Alcton —dijo.

—Voy a hacerle algunas preguntas —manifestó él—. ¿Debo recordarle que su obligación es contestarlas?

—No, lo sé perfectamente. Puede empezar cuando quiera.

—¿Es usted pariente del gran duque Tell Dobsson?

El esbelto pecho de Greta se agitó perceptiblemente.

—Su hija —contestó.

—Lo asesinaron hace algunos meses...

—Siete meses y tres días —puntualizó ella.

—¿Por qué?

—¿Cree que lo sé? La policía de mi planeta se mostró impotente no sólo para hallar el asesino, sino para conocer sus motivos.

—Pero usted está aquí, en la capital de la Subgalaxia. ¿Qué le ha hecho suponer que el asesino de su padre pude hallarse aquí?

Greta vaciló.

—Mi madre, la gran duquesa viuda, recibió hace pocas semanas un anónimo —contestó al cabo—. La jefatura del estado, en mi planeta, es hereditaria, siempre que la persona a quien corresponda la sucesión quiera aceptarlo. El anónimo intimaba a mi madre a rechazar la jefatura del Estado.

—Siga, es muy interesante —invitó el joven.

—Si no aceptaba, la amenazaban con matarme a mí. Entonces fue cuando decidí venir a la capital de la Subgalaxia.

—¿Por qué, si puede saberse?

Greta hizo un esfuerzo por sonreír.

—El autor del anónimo juzgó oportuno enviarlo por correo ordinario —respondió—. Ello nos dijo que procedía de aquí.

—Comprendo. Y sus frecuentes, mejor dicho, diarias asistencias a la GABY'S TAVERN, ¿en qué están fundadas?

—Abandoné en secreto mi planeta y alquilé esta casa. A los pocos días de llegar, alguien me llamó por teléfono y me dijo que debía ir a diario a esa taberna, hasta que averiguase lo que había venido a buscar.

—¿Nada más?

—Eso es todo, señor Alcton —contestó ella.

—Y, ¿qué ha averiguado sobre los asesinos de su padre?

—Nada.

Hubo una pausa de silencio.

—En tal caso —dijo Alcton lentamente—, la llamada carece de objeto.

—¿Lo cree así? Anoche intentaron raptarme. Simplemente, me tendieron una trampa.

—¿Esperando ocho días para secuestrarla?

—Buscaban, quizá, la ocasión propicia. Pero entonces intervino usted y...

—Entonces, no fue una ocasión propicia. ¿Piensa continuar muchos días en la capital?

—Todo lo que sea necesario —respondió ella con voz firme—. A mí no me apetece el poder y el día en que muera mi madre, es probable que renuncie al título y demás honores. Nuestro pueblo elegirá entonces a otro gran duque o duquesa, pero no a mí, ciertamente.

—Sin embargo, quiere hallar a los asesinos de su padre.

—Sí.

Los ojos de Greta centelleaban. Alcton vio en su expresión firmeza y, seguridad en sí misma.

Se puso en pie e inclinó la cabeza.

—Le deseo un éxito completo en sus gestiones, aunque…

—¿Aunque, señor Alcton?

El joven sacó del bolsillo una tarjeta y la dejó sobre una mesita.

—Este es mi domicilio y el número de mi fonovisor —manifestó—. Cualquier detalle que pudiera averiguar deberá comunicármelo inmediatamente, señorita Dobsson; y esto es una orden oficial, téngalo en cuenta.

—No lo olvidaré —contestó la joven, a la vez que se incorporaba—. Espere, voy a desconectar la cúpula de energía.

Alcton se dirigió hacia la puerta, acompañado de Greta. Al llegar a la entrada, dirigió una mirada casual al interruptor.

Frunció el ceño. El interruptor, de forma circular y unos dos centímetros y medio de diámetro, estaba rodeado de un halo azul, que oscilaba ligeramente de intensidad luminosa.

Greta alargó la mano hacia el botón. Un subconsciente sentimiento de alarma hizo que Alcton lanzase un agudo grito:

—¡No lo toque! ¡Permanezca quieta donde está!

CAPÍTULO VI

La orden era tajante, perentoria, e inmovilizó en el acto a la muchacha.

Greta le miró, extrañada, con el brazo todavía extendido.

—¿Qué sucede? —preguntó—. ¿Acaso no quiere marcharse?

Alcton la agarró por una muñeca y tiró de ella, apartándola de la puerta un par de metros.

—Espere —dijo.

Buscó con la vista algo que pudiera servirle para tocar el interruptor, sin poner en contacto con él la yema de un dedo humano. Al fin, se decidió por un pequeño florero que había sobre una consola.

Quitó las flores y vertió el agua en el cuarto de baño, cuya situación le indicó Greta. Luego regresó a la sala.

Balanceó el brazo un par de veces, para tomar puntería. Luego lanzó el florero hacia el interruptor.

Un vivísimo relámpago azulado estalló inmediatamente, con agudísimo chasquido. Greta chilló, asustada, mientras Alcton se frotaba los ojos, deslumbrado por el violentísimo resplandor.

Al cabo de unos segundos, recobró la visión normal. Se acercó a la jamba y examinó el interruptor.

Había desaparecido. Un círculo negruzco, resultado de la quemadura, orlaba el lugar donde, hasta unos segundos antes, había estado el interruptor de la cúpula de energía.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Greta, todavía asustada.

—Una sobrecarga de energía —contestó él—. Vi un halo azul en torno al interruptor y recelé algo. De haberlo tocado con la yema del dedo, habría perecido electrocutada.

Ella sonrió tristemente.

—Por lo visto me temen —dijo.

—O simplemente quieren ejecutar su amenaza —aseguró Alcton.

—Mi madre se considera en el deber de continuar la política de su difunto esposo —afirmó Greta enérgicamente.

—Y por ello hay quien trata de tomarse el desquite. Pero espere un momento; esa sobrecarga de energía no procedía de las líneas corrientes. Vamos a explorar el jardín.

Ahora Alcton iba armado y llevaba oculta una pistola desintegrante. No cabía la menor duda de que los asesinos de tantos

jefes de Estado se hallaban dispuestos a seguir adelante con sus planes a cualquier precio.

Momentos después, oculta entre unas matas, encontraron una poderosa batería supletoria conectada por medio de unos cables a las líneas generales del edificio. La batería era análoga a la que había activado el fusil telescópico interplanetario de Griar.

—Aquí está la explicación —dijo, señalando al artefacto.

Greta tenía la cara cubierta de sombras.

—Me pregunto quién la habrá puesto —murmuró preocupadamente.

—Sobre eso no cabe la menor duda; el mismo autor del anónimo dirigido a su madre.

—Pero había una cúpula de energía. La batería está dentro de su radio de acción...

—Usted la desconectó para que yo pudiera pasar. ¿La conectó mientras conversábamos?

—Es verdad —musitó Greta—. Lo olvidé.

—Entonces no se hable más. Colocaron la batería mientras hablábamos y lo hicieron con toda tranquilidad, puesto que no podíamos verles desde la sala.

Alcton echó a andar hacia la salida del jardín.

—Voy a darle un consejo, señorita Dobsson —dijo, en el momento de despedirse—. Pida protección a la Policía ciudadana; tiene derecho a ello.

Hizo una inclinación de cabeza y se despidió.

—Y gracias por sus respuestas. Buenas tardes.

—Buenas tardes, señor Alcton.

* * *

Greta había acudido a diario a la «Gaby's Tavern» durante más de una semana a causa de una misteriosa llamada que le había aconsejado acudiera al local. En apariencia, dicha llamada había tenido como objeto el secuestro de la joven, pero ¿era ese su único objeto?

A Alcton no le cabía en la cabeza que unos enemigos tan poderosos, como lo venía demostrando el hecho de los numerosos magnicidios fuesen capaces de planear y ejecutar un secuestro tan pésimamente. ¿Se había tratado solamente de una farsa?

Alcton casi tenía la seguridad de que la clave del asunto, al menos parcialmente, se hallaba en la taberna de su amiga. Sería cosa de investigar cuidadosamente y pedirle ayuda. Gaby sabía muchas cosas y estaba en condiciones de averiguar todavía más.

Un ramal subterráneo expreso le llevó en un cuarto de hora a cincuenta y dos kilómetros de distancia de la casa de Greta. Se apeó en la estación correspondiente, cambió a un tren tubular de velocidad media y así recorrió cinco kilómetros más.

Treinta minutos después se acercaba a la taberna. Le extrañó ver un grupo de gente ante la fachada del edificio.

Frunció el ceño. Había policías y se veía una heliambulancia. Un sombrío presentimiento invadió de repente su ánimo.

Oyó comentarios excitados, pero no hizo caso. A viva fuerza se abrió paso entre los curiosos. Un policía intentó detenerle.

—No se puede pasar —prohibió enérgicamente.

Alcton sacó a relucir su placa. La actitud del guardia cambió en el acto.

—A sus órdenes, señor —dijo respetuosamente—. ¿Puedo servirle en algo?

—Gracias, agente. Sí, deseo que me informe sobre lo que sucede en este local.

El guardia meneó la cabeza con gran gesto de pesar.

—Una terrible desgracia, señor —contestó—. Gaby, la dueña de la taberna, ha sido asesinada. Un lazo automático, creo.

Alcton sintió como un tremendo golpe en el pecho. Cerró los ojos durante un momento, tratando de asimilar el duro impacto de la noticia.

¡Gaby, asesinada! ¡Casi no podía creerlo!

Aún no hacía veinticuatro horas que había estado junto a ella, viéndola alegre, dichosa, estallante de vitalidad... y ahora ya no era más que un pobre montoncito de carne fría e inanimada.

Los camilleros salieron en aquel momento portando un bulto tapado por una blanca sábana. Alcton no se sintió con fuerzas para ver por última vez el rostro de Gaby.

Un brazo de la muerta salió de pronto de debajo de la sábana y quedó oscilando en el aire Algo brilló en su mano yerta y llamó la atención de Alcton.

—¡Esperen!

Los camilleros se detuvieron. El jefe de la fuerza policial trató de intervenir, pero el guardia que había atendido antes al joven le indicó su identidad y el oficial se abstuvo de intervenir.

Alcton se arrodilló junto a la camilla y tomó entre sus manos la ya helada de Gaby. Con gran delicadeza le sacó un enorme anillo que llevaba en uno de sus dedos y lo guardó cuidadosamente.

—Gracias —dijo—. Pueden continuar.

La heliambulancia levantó el vuelo instantes más tarde. Alcton quedó en la acera, con el rostro sombrío, mientras la gente se

dispersaba lentamente.

En la mano derecha tenía el anillo. Era curioso, se dijo; el día anterior no se lo había visto a Gaby. Tal vez no lo llevaba puesto entonces.

Sacó el anillo y contempló el ciempiés de oro que llevaba grabado en el sello. En el interior había un número, el 7.

* * *

Juan Méndez, director en jefe de la Superpol, alargó una mano y dio contacto al interfono.

—¿Payt? —llamó.

—Diga, señor —contestó el secretario en el acto.

—Haga el favor de pedir el expediente de solicitud de ingreso en el organismo de Kevin Alcton. Tráigamelo cuanto antes, por favor.

—Sí, señor.

Minutos más tarde, Payt Ugroo entraba en el despacho con una delgada carpeta entre las manos. Méndez tomó la carpeta, la abrió y hojeó el único documento que había en su interior.

Durante unos momentos sus labios se movieron con un apenas audible bisbiseo. Luego, maquinalmente, elevó la voz:

—Posibilidades de eficiencia, 11/10 —recitó—. ¡Hum, no está mal; eso es un porcentaje de ciento diez por cien!, cuando un porcentaje más que satisfactorio es de un ochenta y cinco por ciento.

Cociente de inteligencia, ciento veinte… No demasiado, pero es que a veces vale más la discreción y el sentido común que la inteligencia propiamente dicha…

Siguió recitando las cualidades del aspirante rechazado:

—Salud, buena; estado físico general, inmejorable; percepción psíquica, máximo coeficiente… Capacidad deductiva, 12’30/10… Pero, entonces, ¿por qué diablos se rechazó a este hombre si, además, presentaba un título de graduado en ciencias astrogeológicas?

Ugroo sonrió.

—Lo siento, señor; yo no formé parte del tribunal que debía examinar a los aspirantes —manifestó.

Méndez continuó leyendo:

—Recomendación de ingreso, denegada —se decía al final del documento—. Motivos estrictamente reservados.

Méndez frunció el ceño.

—¿Quién demonios hizo esta recomendación final? Observo que el documento no está firmado como es lo reglamentario… ¿Dónde

están los miembros de ese tribunal, Payt?

—Ordenaré que los busquen, señor —contestó el secretario.

—Y cuanto antes mejor —gruñó el director de la Superpol—. Entiendo que los motivos para rechazar a Alcton sean estrictamente reservados, pero para el aspirante, no para nosotros. ¿Lo comprende usted, Payt?

—Desde luego, señor.

—Pues entonces no se hable más. Busque a los que redactaron ese informe y tráigamelos cuanto antes. Quiero calentarles a gusto sus orejas... ¡de burros!

* * *

El hombre que estaba al cuidado de la puerta atisbo a través de la mirilla y sufrió un fuerte sobresalto al reconocer a la persona que acababa de llamar.

—¿Qué diablos quiere aquí? —preguntó Wey—. ¡Lárguese o tendrá que lamentarlo!

—¿Quiere que eche la puerta abajo de un disparo? —preguntó Alcton fríamente—. Abra en el acto; quiero ver a su domador, tigre sin colmillos.

Wey abrió profiriendo maldiciones sin cuento. Alcton le dirigió una mirada glacial.

—Deje de vomitar basura por la boca o le retorceré el pescuezo como si fuese un pollito —dijo severamente—. Y ahora anúncieme a su amo, esclavo.

El forajido se alejó estallando de ira, aunque sabiéndose impotente para contestar a los apostrofes de Alcton. Mientras el joven se acercó a una ventana y contempló el espectáculo de la urbe desde un rascacielos de casi mil metros de altura.

Momentos después, Wey apareció de nuevo en la estancia:

—El jefe le espera —informó.

Alcton avanzó con paso firme hacia la puerta que el esbirro mantenía abierta. Cruzó el umbral y se enfrentó con el «Ciempiés».

La habitación era enorme y uno de sus ángulos estaba compuesto por una gran vidriera que permitía una visión casi completa del panorama. Los muebles y demás elementos de decoración eran de un lujo increíble.

Bevis Tiller, alias el «Ciempiés», estaba tendido lánguidamente sobre un mullido diván de color rojo, de enormes dimensiones, con un vaso de refresco en la mano. Al darse cuenta del origen de todo aquel lujo, Alcton sintió en su interior una oleada de cólera, pero procuró mantener sereno el exterior.

El elemento más importante de la decoración no eran, sin embargo, los cuadros ni los muebles, sino la hermosa mujer de piel dorada y ojos glaucos que permanecía en pie tras el diván ligeramente inclinada hacia el «Ciempiés».

Era una rigeliana, no cabía la menor duda. Aquel tono de piel sólo se daba en los planetas del cuarto sistema de Rigel. Los ojos de la joven le contemplaban con singular insistencia.

Vestía muy sucintamente, un brevísimo corpiño, que apenas cubría su pecho opulento, y unos minúsculos pantalones rojos, prolongados en una larga falda de velos prácticamente transparentes. Estaba seria, callada, en una actitud extraña para el superpolicía.

—Usted es el amigo de Gaby Epp —dijo Tiller tras una corta pausa de silencio—. Se interfirió ayer en las actividades de dos de mis mejores agentes de seguros.

—No, lo que hice fue echarlos a patadas de la taberna, lo cual es muy distinto, «Ciempiés» —contestó el joven ásperamente.

CAPÍTULO VII

Tiller agitó una mano y dijo:

—Sha-O, sírvenos dos copas, ¿quieres?

—Al momento, Bevis —contestó la rigeliana sin quitar ojo del visitante.

—De modo que admite haber golpeado a mis hombres —siguió Tiller.

—¡Y con qué placer! —exclamó Alcton—. Pero con más placer todavía le cortaría a usted el cuello si pudiera probar que es el autor de la muerte de Gaby.

El «Ciempiés» se incorporó vivamente en el diván.

—¿Cómo? ¿Ha muerto Gaby? —exclamó.

—No se haga el inocente. Uno de sus hombres la ha matado todavía no hace ni tres horas. Yo mismo la he visto cuando se la llevaban en la heliambulancia.

Tiller se puso en pie.

—Alcton, le juro que yo no he tenido que ver con ese crimen —dijo.

—No le creería ni aunque se pusiera de rodillas ante mí —declaró el joven ofensivamente.

La rigeliana llegó con dos copas de vino en las manos y le entregó una. A Alcton le extrañó que le mirase tan insistentemente.

—Gracias —dijo con brevedad.

Sha-O dio a Tiller la otra copa. Luego se retiró a un lado, silenciosa y discreta.

—Vamos, hable, Tiller —pidió Alcton—. Justifíquese, justifique ese crimen tan abyecto...

—¡Le digo y le repito que yo no he tenido nada que ver con la muerte de Gaby! —estalló el individuo—. Sí, envié a dos de mis hombres a la taberna, usted ya sabe a qué, de modo que no vamos a mencionar ese asunto. Pero no ordené asesinarla.

Alcton se quedó perplejo. Era curioso, Tiller parecía sincero.

—La taberna es un buen negocio —declaró el «Ciempiés»—. Lo confieso, yo quería meter mano en el asunto y le hubiese dado a Gaby unos cuantos disgustos hasta que hubiese cedido. Pero asesinarla... ¡ni hablar, hombre! ¡Olvídelo!

—No habría sido el primer asesinato que ha ordenado «Ciempiés» — dijo Alcton.

—Sólo han sido ajustes de cuentas, eliminación de la

competencia —manifestó Tiller cínicamente—. Pero insisto en que no tengo nada que ver con la muerte de Gaby.

Alcton frunció el ceño.

—Le llaman el «Ciempiés» porque «corretea» a gran velocidad por todas partes, metiendo sus dedos en cualquier asunto que puede soltar dinero, le guste o no al dueño del negocio. Pero su organización incluye también otros asuntos... el crimen organizado, los asesinatos por encargo concretamente. ¿Me equivoco?

—Se equivoca —afirmó Tiller—. Yo no me mezclo en esa clase de jaleos. Pero tengo competidores y los elimino antes de que ellos me eliminen a mí.

De repente, el joven concibió una idea.

—Enséñeme sus manos —pidió.

Tiller accedió. Alcton vio que, entre los anillos que el sujeto llevaba en los dedos, no había ninguno con un ciempiés de oro en el sello.

—¿Para qué quiere ver mis sortijas? —pregunto Tiller.

Alcton sacó el anillo que había pertenecido a Gaby.

—¿Ha visto alguna vez una joya semejante? —preguntó.

Sha-O se acercó a curiosear. Alcton la miró de reojo y se dio cuenta de que parecía un tanto alterada, habiendo abandonado su impasibilidad habitual.

Tiller meneó la cabeza.

—Es la primera vez que veo un anillo como ese —aseguró—. ¿De dónde lo ha sacado?

—Lo tenía Gaby —respondió Alcton escuetamente. Guardó de nuevo la joya y preguntó—: Tiller, ¿estaría dispuesto a someterse a la prueba de la verdad?

—En lo que se refiere a la muerte de Gaby, sí —contestó el individuo con énfasis—. La cámara de la sinceridad no me arrancará otras respuestas que las que le he dado a usted... pero, ¿por qué diablos tiene tanto interés en ese asunto, Alcton?

El disco con el sol radiante y las estrellas salió a relucir. Tiller se quedó pasmado.

—¡Superpol! —exclamó. Luego lanzó un profundo silbido—. ¡Demonios, sí que es importante la cosa cuando la Superpol toma cartas en el asunto!

—Muy importante, en efecto —corroboró Alcton fríamente—. Gracias por haberme recibido, Tiller. Señorita...

Sha-O contestó con una ligera inclinación de cabeza. Alcton giró sobre sus talones y se dirigió hacia la puerta.

Wey estaba ahora con Hal, el otro hampón a quien Alcton había golpeado la víspera. Los dos le miraron con maligna expresión,

aunque ninguno de ellos se atrevió a hacerle nada.

Alcton abandonó el departamento de Tiller y se encaminó al ascensor. Esperó unos momentos a que el aparato subiese hasta aquel piso y cuando se abrió la puerta entró en el ascensor y presionó el botón de bajada.

El aparato inició su descenso, aunque no en la forma acostumbrada, sino como una piedra lanzada a plomo. Alcton tardó apenas un segundo en darse Cuenta de que el sistema de sustentación del aparato había sido deliberadamente averiado.

Desde el piso de Alcton hasta el fondo de los sótanos del edificio había más de mil metros en caída vertical.

* * *

El aire silbaba agudamente al resbalar sobre las paredes del ascensor. Alcton tocó el interruptor de descenso, pero todo fue inútil.

El electroimán que movía al aparato en uno y otro sentido se había quedado súbitamente sin corriente. Ya no se utilizaban los cables en los ascensores; un carrete que enrollase más de mil metros de cable ocuparía un espacio gigantesco en la parte superior del edificio y ello no resultaba conveniente en la edificación.

Alcton apretó los labios. Su suerte parecía echada.

El ascensor descendía cada vez con mayor velocidad. Alcton lamentó no haber traído consigo su cinturón antigravitatorio. Podría haber salido por la escotilla de emergencia del techo y se habría remontado así hasta la azotea del edificio.

Era una solución inviable. Los frenos automáticos tampoco funcionaban. Alcton calculó que había recorrido ya la mitad del camino.

Todavía quedaban unos quinientos metros de descenso. De repente, le pareció que la velocidad de caída se atenuaba un tanto.

Bajó cien metros más. La caída no parecía ya tan rápida. ¿Qué frenaba el vertiginoso descenso del aparato?

A doscientos metros del suelo, cuando la velocidad se había reducido a la mitad, lo comprendió todo.

El ascensor se movía en el interior de un tubo de sección cuadrada, en el que su caja ajustaba con casi total exactitud. A medida que bajaba comprimía el aire contenido en aquel tubo y ello frenaba el descenso.

Sencillamente, la columna de aire, comprimida con creciente presión, hacía de muelle amortiguador de la caída.

Finalmente, el ascensor tocó el suelo del sótano. A pesar de todo, el choque no resultó nada agradable, pero Alcton había tenido la precaución de tenderse de espaldas y soportó el golpe bastante bien.

El aire silbó todavía un rato, escapándose por los laterales de la caja. Alcton, aturdido pero ileso, se puso en pie, negándose todavía a creer en su buena suerte.

—Olvidaron ese pequeño detalle —se dijo—. Un agujero abierto en el fondo del ascensor y otro en el techo, habrían sido suficientes para evitar la compresión de la columna de aire.

Abrió la escotilla del techo. Momentos después estaba en la calle.

Levantó los ojos hacia la, cúspide del rascacielos. Inútil ya perseguir al autor del desaguisado. Lo más probable era que hubiese huido en un aero-móvil, llegado a la terraza del edificio, donde estaban las maquinarias de los distintos ascensores.

Regresó a su casa un tanto decepcionado por la gestión realizada con el «Ciempiés». Una cosa había averiguado, sin embargo, y era que Tiller no tenía nada que ver con la muerte de Gaby.

Pero si Tiller no había dado la orden de asesinar a Gaby, ¿quién lo había hecho?

Llegó a su casa y lo primero que hizo fue meterse en el baño. Cuando se secaba oyó sonar el timbre del intercomunicador.

Descalzo, con una toalla en torno a la cintura, acudió a la sala y dio el contacto.

La pantalla se iluminó, pero no apareció en ella ningún rostro. Sólo se oyó una voz femenina que salía a través del altoparlante:

—Acuda mañana a la «Gaby's Tavern».

La comunicación se cortó en el acto. Alcton parpadeó, perplejo.

A Greta Dobsson le habían hecho una llamada semejante. ¿Era que la taberna tenía algo que ver con los magnicidios cometidos?

Tras algunos segundos de vacilación, llamó a Greta. No tardó mucho en ver el rostro de la joven en la pantalla.

—¿Qué tal, señor Alcton? —preguntó ella—. ¿Ocurre algo de nuevo?

—Para mí, sí —contestó el joven—. Sólo quiero hacerle una pregunta, señorita Dobsson.

—Usted dirá.

—Alguien le indicó que debía acudir a la «Gaby's Tavern». ¿Hombre o mujer, señorita Dobsson?

—Hombre, sin duda alguna. ¿Acaso tiene alguna pista? —preguntó la joven.

—Tal vez. Gracias por todo y... ¡buenas noches!

—Buenas noches, señor Alcton.

El joven cortó la comunicación. Luego se acercó a la dispensadora de alimentos y programó una cena austera, pero sustanciosa.

Antes de dormirse contempló un buen rato el anillo con el ciempiés de oro. Una cosa le extrañaba sobremanera.

El anillo de Griar tenía el número 30. La cifra de Gaby era el 7.

Un número más bajo, por tanto, pero… ¿tal vez un grado más elevado en aquella organización que parecía dispuesta a eliminar a todos los jefes de Estado de la Subgalaxia?

* * *

Entró en la taberna, más animada que nunca, si cabía. Alcton se dijo si la muerte de su dueña no había servido como cebo morboso para aumentar la clientela.

Se sintió amargado. Apenas hacía unas horas que había sido enterrada Gaby y nadie parecía acordarse ya de ella.

Con el rabillo del ojo divisó a Greta, sentada en su sitio de costumbre y con su fúnebre indumentaria habitual.

«Debe de ser la ropa de luto en Frastare VIII», pensó, mientras localizaba una de las pocas mesas libres que todavía quedaban.

Una atractiva camarera, vestida con un mínimo de ropa, acudió en el acto.

—¿Señor?

—Vino venusino, por favor. Una copa. A dieciséis grados de temperatura exactamente.

—Sí, señor.

La camarera se alejó, para volver a los pocos momentos con el pedido. Ostentosamente, se inclinó, mostrando orgullosa sus encantos, a la vez que dirigía al joven una sonrisa provocativa.

—Su vino, señor.

—Gracias. —Alcton depositó un interfranco en la bandeja—. Guárdese la vuelta, pero dígame una cosa.

—Sí, señor.

—¿Quién dirige ahora el local después de la muerte de su dueña?

—Kin Wör, el gerente, señor. ¿No desea nada más de mí?

—No, muchas gracias.

La camarera se alejó un tanto decepcionada por la frialdad de Alcton. El joven paseó la vista por los alrededores, sin encontrar nada que llamase especialmente su atención.

Bebió un sorbo de vino de una limpidez absoluta. De pronto,

mientras bebía, divisó en el fondo plano de la copa una inscripción fosforescente: Núm. 11.

La taberna tenía algunos reservados, a fin de que los clientes que lo desearan pudieran charlar sin ser molestados ni tampoco objeto de la atención pública. Alcton comprendió enseguida el significado del mensaje.

Terminó el vino. El mensaje había sido trazado con un lápiz especial, cuya composición no alteraba para nada el contenido de la copa. Se preguntó si lo habría hecho la camarera que le había servido.

Importaba poco, se dijo, mientras caminaba pausadamente en dirección a la escalera que conducía a la sala de reservados de la taberna.

CAPÍTULO VIII

Esperó unos segundos después de haber llamado a la puerta del número 11. Cuando se abrió, no pudo contener un parpadeo de sorpresa.

—¡Usted! —exclamó.

Sha-O, la bella rigeliana, sonrió hechiceramente.

—Yo misma, en electo —dijo, echándose a un lado—. ¿Le extraña?

—Mentiría si lo negase —contestó él mientras cruzaba el umbral.

Sha-O cerró la puerta y quedó apoyada en ella unos momentos, haciendo ostentación de su bella figura. Ahora vestía una especie de traje de una sola pieza, absolutamente ceñido de las caderas a los tobillos y con unos tirantes de la anchura justa para cubrir los senos. La espalda quedaba completamente al aire.

El color negro del traje contrastaba singularmente con la dorada epidermis de la rigeliana. Alcton la miró y sonrió:

—El «Ciempiés» tiene un gusto exquisito —dijo.

—¡Oh!, no hablemos más de ese patán —rogó Sha-O —. Mi... unión con él es meramente circunstancial.

—¿De conveniencias?

—Sí, pero... por favor, sirva vino, ¿quiere?

Había una botella y dos vasos sobre una mesa.

Alcton llenó las copas.

Sha-O onduló hacia él, y tomó la copa, mirándole por encima del borde.

—A la salud de un valeroso agente de la Superpol, encargado de solucionar un caso del cual depende la suerte futura de la Subgalaxia —brindó.

—Muy informada está usted de mi misión, Sha-O. ¿Pertenece también a la Superpol?

Ella movió la cabeza ligeramente.

—No tengo tan mal gusto —contestó, apoyada con una mano en la mesa, a fin de hacer resaltar mejor las turgencias del busto —. Pero quiero ayudarle, Kevin. Se llama así, ¿verdad?

—En efecto, ese es mi nombre. Dice que quiere ayudarme — agregó él—. ¿Por qué?

—Quizá me he encaprichado de usted. Las rigelianas tenemos fama de caprichosas.

—No es una respuesta muy convincente, pero puede pasar. Y, en cuanto a lo de caprichosa, ¿qué mujer no lo es, cualquiera que sea el planeta donde haya nacido?

Sha-O emitió una ligera risita y luego se dirigió a un diván cercano.

—Venga y siéntese a mi lado —invitó—. ¿O tiene miedo de mí?

—Las mujeres bellas siempre me dan un miedo espantoso —contestó él sin aceptar la invitación.

—¿De veras? ¿Es usted un cobarde en ese sentido?

—No. Temo que alguna me ate hasta el punto de llevarme al matrimonio.

—Ah, vamos. Le gusta su soltería.

—Por ahora, sí; pero, Sha-O, ¿hemos venido aquí solamente para charlar de banalidades?

Sha-O se puso nuevamente en pie.

—Tiene usted razón —convino—. No le he llamado únicamente para una charla amistosa, aunque... a decir verdad, me habría gustado mucho más iniciar nuestro conocimiento de otra forma.

—Podemos proseguir más tarde el estrechamiento de lazos amistosos —sugirió Alcton—. Sha-O, ¿qué tiene que decirme acerca de mi caso?

—¿Ha oído hablar alguna vez de Whirren?

—No. ¿Qué es eso?

—Un planeta que...

Sha-O se interrumpió. Estaba muy cerca del joven y Alcton percibía claramente el aliento perfumado de la joven, al mismo tiempo que advertía la rápida alteración de su busto, que se movía con rápidos vaivenes.

«Es preciso hacerla hablar», pensó. Y la atrajo hacia sí con fuerza.

—¿Qué haces con Tiller? —preguntó.

—No me preguntes eso, no tiene relación con este asunto —contestó Sha-O echándole los brazos al cuello.

—Diríase que estás con él como... agente de información.

—Más o menos —admitió Sha-O con maliciosa sonrisa.

—Agente de información, ¿de quién?

Ella atrajo la cabeza del joven hacia sí.

—Espera unos momentos y te daré las respuestas que quieres —susurró—. Estoy harta de ellos y...

Nuevamente se interrumpió Sha-O. Alcton procuró dominar su impaciencia.

—¿Ellos? ¿Quiénes son ellos? —preguntó.

De pronto, concibió una sospecha. Elevó la mano derecha y atrapó la muñeca de la rigeliana, separándola de su cuello.

—Me lo figuraba —dijo, al ver el anillo con el ciempiés de oro —. ¿Cuál es tu número, Sha-O?

—Es un grado muy bajo en la escala. El setenta y dos, Kevin.

—¿Qué significa el ciempiés?

—Cada una de sus patas pisa un punto del terreno. Hay un ciempiés metafórico, que pretende pisar todos los planetas de la Subgalaxia.

—Bonito emblema, a fe. Y tú perteneces a esa sociedad secreta, cuyo jefe es...

—No lo conozco, Kevin.

—Pero conocerás a algún elemento de categoría.

—Sí.

—Dime su nombre, Sha-O.

—Págamelo antes —pidió ella incitantemente.

Alcton se resignó. Inclinó la cabeza y soportó el voraz choque de los labios de Sha-O.

Así estuvieron unos segundos. De pronto, Alcton sintió que el cuerpo de la joven perdía firmeza.

«No se habrá desmayado», pensó.

Los brazos de Sha-O se desprendieron de su cuello. Alcton notó que las rodillas de la joven se doblaban.

Miró a la cara de Sha-O. Tenía los ojos cerrados y parecía haber perdido la respiración.

Sha-O cayó al suelo, rodó un poco y quedó boca abajo. Alcton vio entonces el mango del puñal que sobresalía del centro de su espalda.

Durante unos segundos, se sintió horrorizado. Luego recobró la serenidad.

La ventana estaba abierta de par en par. Sha-O había cometido un error imperdonable, se dijo furiosamente, mientras se abalanzaba hacia el hueco.

La calle estaba desierta en aquel punto. El asesino había huido.

Alcton apretó los labios. Matar a Sha-O había resultado bien fácil.

El asesino había utilizado un cinturón antigravitatorio, manteniéndose suspendido en el aire al nivel de la ventana durante el cortísimo espacio de tiempo que había necesitado para arrojar el cuchillo. Luego había desaparecido a toda velocidad.

Era ya inútil intentar la persecución. En menos de medio minuto, el asesino había tenido tiempo sobrado de esconderse. Aunque, bien mirado, quizá estuviese en...

La puerta se abrió súbitamente, cortando en seco sus reflexiones. Greta Dobsson apareció en el umbral y vio el cadáver de Sha-O

yaciendo en el suelo.

—¡Ha sido usted! —acusó irreflexivamente.

* * *

En aquellos momentos, los noticiarios televisados daban la reseña de un suceso ocurrido aquel mismo día:

—A las tres y media de la tarde de hoy, horario de Greenwich, ha sufrido un accidente la astronave «Orquídea Azul», la cual ha quedado destruida por completo. Todos los tripulantes y pasajeros han perecido instantáneamente. Entre estos últimos, figuraba Jaury Bosch, superintendente de segundo grado de la Superpol, que viajaba en el aparato siniestrado en misión de rutina. Se ha iniciado en el acto una investigación para averiguar las causas del catastrófico accidente, el primero que se produce en muchísimos años...

* * *

—No sea estúpida —gruñó Alcton, irritado—. Yo no he matado a esta mujer.

—Las apariencias...

—Un cuerno —estalló el joven—. Alguien le lanzó un cuchillo, eso es todo. Perdone mi grosería —añadió en tono más suave—, pero estoy furioso. Ella estaba a punto de hacerme interesantes revelaciones, ¿comprende?

—Discúlpeme —rogó Greta, a la vez que cerraba la puerta—. ¿Quién era?

—Sha-O, de Rigel, es todo lo que sé. Pero, ¿cómo ha venido usted hasta este reservado?

—Le vi entrar antes por la puerta que da al ala de reservados. En vista de que tardaba, me alarmé —explicó Greta—. Tuve que ir de puerta en puerta hasta encontrarle.

—¿Se alarmó por mí? —dijo él, extrañado.

Greta abrió un poco el manto. Debajo llevaba puesto el traje que ya conocía él.

En torno a sus caderas, se veía un ancho cinturón, del que pendía la monumental funda de una pistola atomizadora.

—Estaba dispuesta a usarla si era preciso —aclaró.

—Gracias por sus intenciones —dijo—, pero tenemos que irnos ya de aquí.

—¿Avisará a la policía?

—Todavía no he terminado en la taberna. A propósito, ¿ha oído hablar alguna vez de Wharren?

—No, ¿Qué significa?

Alcton suspiró.

—Eso es lo que yo quisiera saber —respondió—. Me lo dijo ella, pero no añadió nada más, aunque, naturalmente, confiaba en saberlo más tarde. El asesino lo impidió.

Greta se fijó en el anillo de la rigeliana.

—Pertenecía también a esa misma sociedad secreta, a lo que parece —dijo.

—Con el número setenta y dos —puntualizó él—. Vamos… y abra bien los ojos a partir de ahora.

—¿Por qué?

—Es muy posible que el asesino continúe todavía en la taberna —respondió Alcton escuetamente.

* * *

Con paso mesurado, descendieron las escaleras que conducían al salón. Alcton llevaba a Greta por un brazo, sin que la joven hubiese formulado la menor objeción al gesto.

Entraron en la taberna, en la que el ambiente no había decaído en absoluto.

—Nos sentaremos en su mesa —indicó él.

—De acuerdo.

Alcton pidió dos copas de vino, que les fueron servidas puntualmente. Mientras bebía, paseó su vista por la concurrencia.

—Un cinturón antigravitatorio puede ocultarse perfectamente bajo un manto como el suyo — murmuró, con la copa en los labios —. En cambio, con unos ropajes corrientes, su bulto siempre delata al que lo lleva, por más que se empeñe en disimularlo.

—Comprendo —respondió Greta.

Pasaron algunos minutos. Greta y Alcton charlaban amistosamente, para cubrir las apariencias. De pronto, ella, a media voz, exclamó:

—Creo que ya lo tengo, Kevin.

—Señálelo con disimulo —pidió él.

—En el mostrador, a unos tres metros del extremo opuesto.

Alcton acercó de nuevo la copa a sus labios. Discretamente, dirigió la vista hacia el lugar indicado y divisó a un sujeto de anchos hombros, vestido con una holgada blusa de color rojo fuerte y pantalones negros, muy ajustados.

La blusa era ligeramente más larga de lo habitual y, pese a su holgura, se notaba en ella el bulto inconfundible de un cinturón antigravitatorio. El individuo volvió un instante la cabeza y miró a

la pareja.

Alcton se fijó en su rostro. En la mejilla izquierda tenía una cicatriz en forma de estrella, seguramente, un impacto de pistola desintegrante, parado a tiempo por un escudo de energía, que no había podido evitar, sin embargo, la quemadura de la descarga.

«Otro asesino profesional, como Griar», pensó.

De pronto, el hombre de la cicatriz en estrella abandonó el mostrador. Alcton se preparó para seguirle hasta la calle, pero se equivocaba.

El individuo caminó hasta alcanzar una puerta cubierta con unos cortinajes de color púrpura, los cuales apartó a un lado. Debajo de las cortinas Alcton Dudo ver un rótulo: GERENTE GENERAL.

—¿También Wör está involucrado en el asunto? —se preguntó.

—¿Cómo? —exclamó Greta.

Alcton se dio cuenta de que, instintivamente, había hablado en voz alta. Se puso en pie y dijo:

—Espéreme. Volveré enseguida.

Y, con paso firme, se dirigió hacia la puerta que daba al despacho de Kin Wör, gerente general del establecimiento.

El gerente permaneció silencioso, con las manos sobre la mesa. Alcton captó la imagen de un anillo con la figura del ciempiés de oro.

—¿Cuál es su número de serie, Wör? —siguió, en medio de un silencio sepulcral—. ¿Alto, bajo? ¿Es usted un miembro de elevado rango de la organización o solamente un simple soldado?

Wör continuaba callado. De súbito, dejó escapar un fúgido:

—¡Mátalo, Bite!

La mano del asesino se movió velozmente. Un objeto de forma oblonga partió disparado hacia la garganta de Alcton.

Sonó un chasquido. El cable de acero del lazo automático rodeó instantáneamente el cuello del joven, pero no ocurrió nada.

Alcton sonrió.

—Hace pocos días, quisieron matarme con un arma semejante —explicó—. Me he prevenido, con una sencilla garganta blindada. Bien, ¿hablamos francamente o prefieren ir a la cámara de la sinceridad?

Wör se movió rápidamente. Su mano se introdujo en un cajón de la mesa y surgió de nuevo armada con una pistola.

Detrás de Alcton se produjo una vivísima llamarada. Wör desapareció instantáneamente, desintegrado por la descarga brotada del arma que empuñaba Greta con toda decisión.

—Si se mueve, dispararé también contra usted —intimó al asesino.

Bite alzó las manos en el acto.

—No tire —rogó—. Lo diré todo… aunque, la verdad, es bien poco lo que sé.

—Y, ¿qué es lo que sabes? —preguntó Alcton, mientras oprimía el resorte que hacía cesar la presión del lazo automático.

—Él me ordenó que la matase. No sé más —contestó Bite.

—Eres un asesino profesional, ¿no?

Bite calló.

—Un silencio muy revelador —comentó Greta.

—Desde luego. Siga apuntándole, por favor.

—No se preocupe —dijo Greta.

Alcton dio la vuelta por detrás de Bite y le desposeyó no solamente de su cinturón antigravitatorio, sino de una pistola radiante y otro lazo automático.

—Todo un arsenal —sonrió al terminar.

—¿No va a hacerle más preguntas? —se extrañó la joven.

—¿Para qué? Wör era el que nos interesaba y ha muerto. Bite es de los tipos que cobran por matar y, créame, se limitan a recibir su precio y no hacen jamás preguntas. ¿Me equivoco? —se dirigió al asesino.

—Así es —confirmó Bite abatidamente.

Alcton se aproximó al intercomunicador.

—Bien —dijo—, lo que resta es ya cosa de la policía ciudadana, aunque —añadió—, no estará de más que eche un vistazo al despacho. Quizá encuentre algo interesante.

—Siento haber tenido que disparar contra Wör —se excusó Greta—, pero no me quedó otro remedio.

—Olvídelo. Tuvo que hacerlo y me salvó la vida —contestó él. Miró a Bite—. ¿Quién mató a Gaby? —le preguntó.

—Yo, no —denegó el interpelado—. Y se confirmará cuando me interroguen en la cámara de la verdad.

—Eso espero —suspiró él.

Le dolía la muerte de Gaby, pero más aún que hubiese pertenecido a una organización que pretendía la ruina de la Subgalaxia.

* * *

Al día siguiente, noticiarios y periódicos, anunciaron otro suceso:

—Una segunda astronave, la «Laura XII», ha sufrido un accidente, con pérdida del pasaje y la tripulación. Uno de los pasajeros era el superintendente de primer grado, Andr Kamavy, de

la Superpol, quien realizaba una misión de rutina...

El director en jefe de la Superpol, empezó a echar rayos y centellas cuando se enteró del accidente. Pero como era policía y, además, hacía muchísimos años que no se producían semejantes catástrofes, le dio en la nariz algo que no olía demasiado bien precisamente.

Por su profesión, Méndez estaba acostumbrado a sospechar de todo aquello que no parecía lógico y normal. No tardó mucho en pensar mal de los dos accidentes.

Los dos altos funcionarios de la Superpol eran miembros del tribunal que habían juzgado las aptitudes de Kevin Alcton para agente de tal organismo, denegando su solicitud de ingreso. ¿Era que no iba a conocer los motivos de la denegación?

* * *

De cuando en cuando, Alcton echaba un vistazo al aparatito que había dejado en pie, sobre el alféizar de la ventana. Por el momento, se dijo, todo estaba en orden.

Greta entró en la sala, portadora de una bandeja con sendas tazas de agua caliente y un tubito de tabletas de café instantáneo. La joven se había cambiado de ropa y ahora vestía un traje de flotantes velos, sostenido por dos hilos en sus hombros.

El escote del traje mostraba el nacimiento de un pecho de proporciones clásicas. La espalda quedaba enteramente al descubierto y el color rojo vino del tejido, en contraste con la blanca piel de la muchacha, proporcionaba un agradable espectáculo a la vista.

Greta puso sendas tabletas en las tazas.

—¿Azúcar? —preguntó.

—Dos terrones —contestó él distraídamente.

—Le veo preocupado —observó Greta, mientras le entregaba la taza de café.

—Lo admito —contestó Alcton.

Greta se sentó frente a él, mirándole fijamente, los codos sobre las rodillas muy juntas.

—¿No ve solución para su problema?

—Quizás es un poco tarde ya, Greta.

—¿Tarde?

—Bueno, quiero decir que ellos conocen ya mi identidad y la misión que se me ha asignado. De lo contrario, podría haber intentado ser uno más de la banda.

—Comprendo. Buena idea, pero sumamente arriesgada en su

ejecución.

—Ahora ya, poco importa, Greta —Alcton terminó el café y dejó la taza sobre la mesa—. Usted no ha oído hablar jamás de Wharren.

—No, nunca, —contestó la muchacha.

—Sha-O me dio esa pista —dijo Alcton con acento pensativo—. ¿Qué es? ¿Qué significa? ¿El nombre de una persona? ¿De un lugar geográfico?

—O de un cuerpo celeste, Kevin.

—¿Cuerpo celeste, Greta?

—¿Por qué no? Las actividades de la banda no se limitan solamente a uno de los planetas.

Alcton hizo un gesto de asentimiento.

—Sí —admitió al cabo—; es probable que tenga usted razón. Bueno, quiero decir que acaso pueda ser Wharren un cuerpo celeste.

Miró hacia la ventana. El aparatito no daba la menor señal de actividad.

—¿Por qué mataron a Sha-O? —preguntó Greta, rompiendo el momentáneo silencio en que habían caído.

—La consideraron un elemento débil en la organización —respondió él.

—Posiblemente, debían recelar de ella desde hacía tiempo y la vigilaban.

—Sí, eso creo yo. Lo malo es que el que podría habernos dicho algo está muerto.

Greta puso cara de desolación.

—Lo siento —se excusó—. Cuando vi lo que Wör pretendía hacer, no se me ocurrió otra cosa que apretar el gatillo.

—Su intervención fue muy oportuna — sonrió él. Se golpeó la mano con el puño—. ¿Qué diablos significa Wharren?

—¿No hay un servicio de información en este planeta? —sugirió ella—. Ahí tengo mi intercomunicador...

—No es mala idea, aunque, ¿qué pasaría si, por ejemplo, Wharren fuese un apodo o sobrenombre?

Greta extendió la mano hacia el intercomunicador.

—Llame a Información —aconsejó—. Es la mejor forma de salir de dudas.

—De acuerdo.

Alcton se dirigió hacia el aparato. De pronto, cuando apenas había cruzado la mitad de la sala, se oyó un penetrante chirrido.

Se volvió en redondo y contempló el aparato que estaba en el antepecho de la ventana. El chirrido brotaba de su interior, al mismo tiempo que una lamparita roja oscilaba con frecuentes centelleos.

—¡Cuidado, Greta! —exclamó—. ¡El detector psicofísico señala

en las inmediaciones la presencia de una persona con intenciones hostiles!

* * *

—¿Payt? —llamó el director de la Superpol.

—¿Señor? —contestó el secretario.

—¿Qué hay de esa comunicación con Bram Kar´ic?

—Estamos esperándola, señor. A pesar de que la pedí con carácter de prioridad absoluta, la conexión se demora por causas que usted conoce bien, señor.

—Sí, es cierto. Gracias, Payt; avíseme apenas esté Kar’ic en pantalla.

—Desde luego, señor.

Méndez cerró el interfono. Con un lápiz, dio repetidos golpes sobre la mesa de su despacho. ¿Qué sucedía? ¿Acaso había alguien empeñado en ocultarle los motivos por los cuales Alcton no había sido considerado apto para ingresar en el servicio?

Lanzó un gruñido, malhumorado. Kar’ic se encontraba en un distante planeta de otro sistema solar, a más de cincuenta años luz. Las comunicaciones subespaciales eran demasiado lentas, estimó. Hacía ya más de una hora que había pedido conferencia con su subordinado.

De repente, titiló la lucecita roja de su interfono. Dio el contacto y dijo:

—¿Payt?

—Señor, la conexión está hecha —informó el secretario general.

—Gracias, pásela a mi despacho.

—Sí, señor.

La pantalla del intercomunicador se iluminó casi en el acto. Un hombre apareció ante los ojos de Méndez.

Estaba sentado en un diván, en el interior de una casa particular. Por la diferencia de horarios, Méndez comprendió que el superintendente de primer grado Kar’ic había terminado su trabajo por aquel día, en la delegación de la Superpol, cuya jefatura ostentaba.

—Celebro mucho verle, señor —dijo Kar’ic—. Me dijeron que usted quería hablarme con urgencia. Estoy a su disposición, señor.

—Gracias, Bram —contestó Méndez—. Se trata de una sola y sencilla pregunta.

—Sí, señor.

—Hace algunos años, un joven pretendió ingresar en la organización. Usted, con Bosch y Kamavy, formaba parte del

tribunal que examinó la solicitud del aspirante. La decisión de ustedes fue denegatoria.

—Es posible, señor —sonrió Kar'ic—. Cuando yo era miembro del tribunal de ingreso, se denegaban muchas solicitudes. Elegíamos a los mejores… bueno, a los que considerábamos mejores, con la ayuda de los aparatos de selección, incluida la predictora.

—Sí, lo sé; pero es el caso que en el expediente del aspirante los motivos de la denegación figuran como reservados.

—¿De veras, señor? Ignoraba esa peculiaridad —se extrañó Kar'ic—. ¿Cómo se llama ese aspirante?

—Kevin Alcton. Dígame, Kar'ic, ¿por qué rechazaron su solicitud?

—Pues…

Algo interrumpió súbitamente la recién comenzada respuesta de Kar'ic.

Méndez vio en el rostro de su subordinado, una expresión de perplejidad, seguida de otra de terror.

Un vivísimo relámpago brilló en la pantalla. Cuando se disipó, de Kar'ic no quedaba otra cosa que una ligera humareda.

El director de la Superpol, consternado, comprendió que el tercer miembro del tribunal que había juzgado la solicitud de ingreso de Alcton, acababa de perecer, desintegrado por la descarga de una pistola atómica.

CAPÍTULO IX

Alcton saltó como un tigre hacia adelante y apartó a la muchacha de las inmediaciones de la ventana, en la que el detector continuaba emitiendo sus indicaciones de peligro. Greta se sentía asombrada de lo que ocurría y, por el momento, se quedó sin habla.

El joven sacó una pistola de choque. Si era posible, trataría de hacer prisionero a su presunto atacante.

Asomó un ojo solamente por el ángulo inferior de la ventana y miró hacia la calle, por la que paseaban escasos transeúntes. Ninguno de ellos parecía ser el emisor de los efluvios psíquicos con síntomas hostiles.

De pronto, al otro lado de la acera opuesta, en el fondo del jardín de la casa situada frente a la de Greta, divisó a un hombre de mediana edad y aspecto apacible, que estaba situando un trípode sobre la hierba.

El individuo parecía un empleado retirado por años de servicio y, tal vez, aficionado a la astronomía, por lo que estaba montando un telescopio con el que haría sus observaciones particulares, llegada la noche.

Alcton desconfiaba de toda clase de trípodes. Se acordaba del fusil interplanetario de Griar.

Para comprobar si aquel individuo era el sospechoso, movió el orientador del detector en todas direcciones. Inapelablemente, el aparato señalaba siempre al hombre del trípode como autor de las emisiones mentales hostiles.

—Greta —llamó.

—Diga, Kevin —contestó la muchacha.

—Ya tengo a mi sospechoso. Retírese al fondo de la casa y permanezca allá hasta nueva orden. Sospecho que quieren enviarle una granada termógena.

—¿Qué... qué es eso? —preguntó Greta, pasmada.

—Un proyectil que, al estallar dentro de esta habitación, elevaría la temperatura instantáneamente en un par de millares de grados. Lo suficiente para convertirnos en polvo de carbón en menos de un segundo.

Greta se estremeció.

—¡Qué horrible! —dijo.

—Vamos, obedezca —ordenó él perentoriamente—. Y tenga a

mano su pistola, por si acaso.

La muchacha acató sin más las indicaciones de Alcton. Este corrió hacia la parte posterior de la casa, saltó al jardín a través de una ventana y siguió corriendo hasta salir fuera por la calle de la trasera.

Luego dio un gran rodeo. Pocos minutos más tarde, se hallaba en la parte posterior de la casa del sospechoso.

Atisbo a través de un seto. El individuo había montado ya el telescopio y aplicaba el ojo a través del anteojo de puntería. La apariencia del instrumento era perfecta.

Pero dentro del supuesto telescopio, Kevin estaba seguro de ello, había un fusil que, con toda probabilidad, lanzaría granadas termógenas.

Alcton quería capturarle vivo. Le interesaba obligarle a hablar. Miró a su alrededor y arrancó del suelo una de las piedras que componían el borde ornamental de uno de los sectores del jardín.

La piedra voló silenciosamente por el aire y chocó contra el cogote del individuo. Se oyó un seco chasquido y el aficionado a la astronomía cayó redondo sobre la hierba de su jardín.

* * *

Fayn Kru abrió los ojos y sintió un tremendo dolor de cabeza en la nuca. De momento, no recordaba lo que le había sucedido.

Alguien le echó a la cara el contenido de una jarra de agua. Kru se estremeció y procuró centrar su visión.

Entonces, sus pupilas captaron la imagen de dos personas situadas frente a él, un hombre y una mujer. Ambos le contemplaban con una expresión de inusitada severidad.

—¿Qui... quienes son ustedes? —preguntó torpemente—. ¿Qué hacen en mi casa?

Alcton se apartó a un lado y dejó ver el fusil que había extraído del interior del telescopio.

—¿Conoce usted este aparatito? —preguntó.

—No lo he visto jamás...

—Kru, será mejor que nos dejemos de rodeos —dijo Alcton en tono duro—. Usted estaba montando en el jardín de la casa un supuesto telescopio para hacer observaciones astronómicas a la noche. En realidad, lo que pretendía era disparar una granada termógena. El fusil ha salido del interior de su telescopio y cualquier cosa que diga para negar la evidencia será una pura pérdida de tiempo. ¿Está claro?

Los ojos de Kru expresaban el asombro que sentía.

—¿Cómo lo supo? —preguntó.

Alcton sonrió.

—Las cosas que están sucediendo me obligan a ser precavido —contestó—. Apenas llegué a casa de la señorita Dobsson instalé un detector psicofísico. Cualquier emisión mental hostil dirigida hacia el aparato sería captada instantáneamente. Y como usted trataba de asesinarnos y pensaba en ello mientras montaba su fusil termógeno, las emisiones de su mente, nada amistosas por cierto, fueron detectadas por el instrumento. ¿Ha olvidado ya la energía eléctrica que se desprende del cerebro? En determinadas condiciones, emoción, odio, ira, contrariedad, la tensión aumenta extraordinariamente; es un hecho científico comprobado.

Kru no tenía fuerzas para hablar. Sobre una mesa divisó sus objetos personales y, entre ellos, su documentación.

Alcton le enseñó un anillo.

—¿Pertenece usted a la organización del «Ciempiés»? —preguntó.

Kru hizo un silencioso gesto de asentimiento.

—¿Quién es su jefe? —preguntó el superpolicía.

—Lo ignoro.

—¡Miente! exclamó Greta, indignada.

—No —contradijo Alcton pensativamente—. El número de Kru es muy elevado, lo que significa que ocupa un puesto muy bajo en la organización. Pero, al mismo tiempo, un puesto muy importante: ¡el de asesino profesional!

La cara de Kru tomó una coloración terrosa.

—¿Qué... qué me harán? —preguntó.

—Le juzgarán por intento de asesinato. Se tomará en cuenta la premeditación.

—Yo obedecía órdenes...

—¿De una organización criminal? —rió Alcton—. Vamos. Kru, no trate de hacer comedia —se inclinó hacia él—. ¿Quién le dio la orden de matarnos?

—Recibí una nota por correo —explicó el asesino—. En ella figuraban los nombres de ustedes dos y la dirección de la señorita Dobsson. La nota decía que debía eliminarlos a ambos al mismo tiempo.

—Es decir, cuando por ejemplo yo estuviese visitándola a ella.

—Sí —confirmó Kru, abrumado.

—¿Cuánto le pagaron por matarnos?

—Doscientos cincuenta mil interfrancos. El dinero llegó junto con la nota.

Alcton volvió los ojos hacia la muchacha.

—Kru ya ha dicho cuanto sabía —opinó—. Como es lógico, los

jefes de ese movimiento permanecen en la sombra.

—Me lo imaginaba —concordó Greta—. Pero me gustaría saber cómo le contrataron.

Alcton miró a Kru.

—Responda a esa pregunta —indicó.

—Un día vino a verme un hombre... yo no vivía aquí entonces. Me dijo que quería que trabajase para él y que me pagaría espléndidamente cada vez que cumpliese una orden suya.

—Una orden de ejecución, por supuesto.

Kru asintió.

—Siga —ordenó Greta con voz crispada.

—¿Qué aspecto tenía el hombre?

—Me pareció que llevaba una máscara simulando otro rostro. Era delgado, con bigote, de regular estatura... y eso es todo lo que sé.

—Salvo que llevaba un anillo con un ciempiés.

—Sí. Jugaba continuamente con el anillo mientras me hablaba, eso lo recuerdo perfectamente.

—Y quizá vio en el interior del anillo el número tres.

—Exactamente —corroboró Kru—. ¿Cómo lo sabe?

Alcton se acordó de Griar.

—Otro como usted lo vio antes y también recibió una orden de ejecución —respondió—. Sólo que aquél asesinó a un presidente.

En aquel momento sonó el zumbador del ínter fono. Alcton sacó su pistola y se apartó a un lado.

—Conteste —dijo—. Cuidado con lo que dice o le desintegro.

Kru se puso en pie y se acercó a la pantalla. Dio el contacto y a los pocos segundos se vio en ella la cara de un hombre de facciones delgadas y negro bigotito.

—Kru —dijo el individuo.

—Diga, señor.

—¿Qué hay de mi orden? ¿Por qué no la has cumplido?

—Señor, estoy esperando una oportunidad...

—¿Una oportunidad? —dijo el hombre sarcásticamente—. Alcton y la chica llevan toda la tarde juntos. ¿Tanto te ha costado preparar tu herramienta?

—Verá, señor, es que...

—Kru, estoy observando ciertas manchas sospechosas en la pechera de tu camisa. Son las mismas manchas que se producen cuando a una persona le arrojan un chorro de agua a la cara para despertarlo. Y, en tu caso, significa que te hicieron prisionero, ¿no es cierto?

—No, señor; le juro que...

—No jures nada, Kru —dijo fríamente el hombre del bigotito—.

¡Adiós!

Kru emitió un chillido de terror, que fue cortado bruscamente por una lanza de fuego de vivísimo brillo, que brotó del centro de la pantalla. Horrorizada, Greta vio aparecer en el pecho de Kru un negruzco orificio del que se desprendía una leve columnita de humo.

Instantes después, Kru había muerto.

* * *

—No vamos a estar seguros en ninguna parte —masculló Alcton furiosamente— El jefe de la banda tenía espías que nos vigilaban y vigilaban también a Kru. Por eso supo que aún estábamos vivos.

En los ojos de Greta se veía reflejado todavía el horror que le había producido la muerte de Kru.

—Pero… ¿cómo pudieron matarlo a través del televisor? —preguntó, sumamente conturbada

—Una descarga de electrones de alta actividad concentrada al máximo —explicó él, mientras se paseaba por la estancia—. No es un medio común de matar a la gente, pero a veces suele hacerse.

—A mi padre lo mataron de una forma más común: una bomba en su aeromóvil —dijo Greta tristemente

—Y al presidente de Kimor con un fusil interplanetario y a otros jefes de Estado con otras armas distintas. La imaginación de los «ciempiés» es inagotable.

De repente, suspendió sus paseos.

—Cuando el detector nos informó del ataque de Kru, íbamos a hacer una consulta —exclamó— ¿Lo recuerda, Greta?

—Sí, es cierto —contestó ella.

—Bueno, ya es hora de que hagamos por fin esa consulta —dijo Alcton.

Y, acercándose al intercomunicador, marcó el número de la central de Información.

CAPÍTULO X

La respuesta de Información fue:

«Wharren: Planeta deshabitado. Atmósfera a 4ª Liga, 10.a Subgalaxia. Habitable. Atmósfera a 0,87 de lo normal. Gravedad, 7/10. Situación...»

Alcton chasqueó los dedos una vez la máquina hubo terminado de emitir las características de Wharren.

—¡Usted tenía razón, Greta! ¡Wharren es un cuerpo celeste!

Ella le miró con ojos brillantes.

—¿Piensa ir allí? —preguntó.

—¡Pues claro que sí! —contestó él—. Sha-O no me dio la pista sin un motivo concreto.

—Eso es cierto —reconoció Greta—. Lo que me extraña es —añadió pensativamente— que habiéndole visto sólo una vez fuese capaz de confiarse a usted.

—Dijo que estaba harta de ellos —alegó Alcton.

—¿Cree que esa es una excusa suficiente?

Alcton soportó sin pestañear la mirada de la joven.

Era una pregunta de inconfundible significado. Alcton prefirió abstenerse de contestar.

—Voy a disponer todo para ir a Wharren —dijo evasivamente.

—¿Tardará mucho en partir?

—Mañana, por la mañana.

—Yo le acompañaré.

—¿Cree que se lo permitiré?

—Entonces viajaré en mi propia nave.

—Como agente de la Policía Superior puedo prohibirle ese viaje —declaró él casi agresivamente.

Greta sonrió.

Estaban en pie, frente a frente. Ella dio un paso, dos... y sus brazos, de blancura de marfil y cálidos como serpientes acariciadoras, se enroscaron en torno al cuello del hombre.

—¿Me lo prohibirás? —preguntó con acento incitante.

Alcton endureció el gesto.

—Si cree que va a conseguir algo recurriendo a sus encantos físicos, está muy equivoc...

Los labios de Greta rozaron los suyos mientras él hablaba.

—¿Y a qué otro remedio puede acudir una infeliz mujer para conseguir sus propósitos si no es empleando su belleza como arma?

A menos que me consideres un adefesio.

—Es hermosa y lo sabe, pero no tiene experiencia…

—A tu lado la adquiriré.

—¡He dicho que no!

Alcton agarró los brazos de la joven y la hizo separarse a viva fuerza.

—Estos no son momentos para entregarse a devaneos —rezongó—. En Wharren voy a correr muchos peligros. No quiero que usted se arriesgue por llevar a cabo una venganza personal.

—¿De veras cree que sólo se trata de una venganza personal?

—¿Hay motivos para sospechar alguna cosa en contrario?

Greta sonrió sibilinamente. Con la mano derecha tiró de la cadenita que rodeaba su cuello y un disco de metal surgió de sus pechos.

—Yo también puedo ir a Wharren —dijo—. Sola o acompañada, pero iré.

Estupefacto, Alcton contempló la insignia de la Superpol que Greta le enseñaba. Al cabo de unos instantes ella hizo girar el disco y le mostró su fotografía y las cifras de serie que le estaban asignadas: SH-391.

Greta seguía sonriendo.

—¿Qué me contestas? —preguntó.

—Increíble —dijo él—. Nunca habría sido capaz de sospechar que usted…

—Trátame de tú —le interrumpió ella—. Y un consejo: creo que no nos conviene separamos ya hasta el momento de la partida.

—En eso estoy de acuerdo contigo —respondió Alcton, resignándose a llevar consigo, en su expedición a Wharren, al agente de la Superpol SH-391.

* * *

—Tres, tres de mis mejores hombres han muerto y ello me impedirá conocer los motivos por los cuales fue rechazado Alcton —gruñó el director en jefe de la Superpol.

Méndez hablaba solo consigo mismo mientras se paseaba como un león enjaulado por su despacho. Otros agentes del mismo organismo investigaban aquellas muertes, pero, hasta el momento, no se había conseguido nada de particular al respecto.

El zumbador del fonovisor sonó de pronto. Méndez detuvo sus paseos, se acercó al aparato y dio el contacto.

—Habla el jefe —gruñó.

Una voz femenina dijo:

—El agente Alcton desea hablar con usted, señor —informó la secretaria.

—Está bien, páseme la comunicación.

—Sí, señor.

Instantes después, Méndez y Alcton estaban frente a frente.

—Diga, Kevin, ¿qué le ocurre ahora? —preguntó el primero.

—Deseo informarle de que salgo de viaje, señor.

—¿A dónde diablos va?

—A Wharren, señor. Tengo una pista que me conduce hasta ese planeta y deseo investigarla.

—Muy bien, ya sabe que le di carta blanca —accedió Méndez—. ¿Alguna novedad?

—Las tentativas de asesinato contra mí y contra la hija del gran duque Dobsson se están haciendo exasperantemente monótonas. Ayer, por la tarde, intentaron liquidarnos con una granada termógena.

El jefe silbó.

—Un arma peligrosa, ciertamente —calificó—. El asesino fracasó, por supuesto.

—Y fue ejecutado por su fracaso en nuestra presencia.

—¿Cómo?

—El hombre que había ordenado nuestra ejecución le disparó un chorro de electrones a través de la pantalla.

—Entiendo. ¿Le vio la cara?

—Sí, pero tengo la sospecha de que era un disfraz.

—¿Una máscara?

—Seguramente, señor.

—Unos tipos muy astutos —gruñó el jefe—. Pero no hablaba en plural —recorro de pronto.

—Sí, señor; la señorita Dobsson estaba conmigo. A ella también intentan liquidarla.

—Protéjala, Alcton —ordenó Méndez escuetamente.

—Eso estoy haciendo, señor. Pero yo ignoraba que Greta Dobsson fuese el agente SH-391.

—Nos lo pidió su madre, a fin de que pudiera moverse libremente —explicó el director.

—A ella le regalan la placa por nada —se quejó Alcton—. En cambio, a mi...

—Ya tiene una igual, ¿no? Su nombramiento se hará efectivo si soluciona el caso, Alcton. Y, a propósito, ¿qué excusa le dieron a usted para rechazar su petición de ingreso?

—Aptitud insuficiente, señor.

—¿Sólo eso? —se extrañó Méndez.

—¿Necesita más? —contestó el joven con amargura—. Bien, si

no tiene otra cosa que ordenarme…

—Eso es todo. Buena suerte, muchacho.

—Gracias, señor.

Méndez cortó la comunicación.

—Aptitud insuficiente —repitió para sí—. Están muertos y debo respetar su memoria, ¿pero qué clase de mulos eran esos examinadores que no supieron ver las cualidades de ese joven?

* * *

Antes de zarpar, Alcton hizo personalmente una revisión a fondo de la astronave que les iba a llevar hasta el planeta indicado por Sha-O.

Desconfiaba de todo y de todos. No sentía el menor deseo de volar en pedazos en pleno vuelo, porque alguien hubiese puesto una bomba en la nave. Las exploraciones fueron satisfactorias y, finalmente, se consideró en situación de alzar el vuelo.

Mientras hacía la revisión, Greta había aguardado en una sala del aeropuerto, convenientemente protegida por unos agentes de la policía común, bajo el pretexto de su personalidad. Una vez hubo terminado, Alcton dio aviso para que le trajeran a la joven.

Greta llegó poco después con un maletín en la mano. Ahora se había cambiado de ropa y llevaba un traje de una sola pieza, de un tejido esponjoso y elástico, que se amoldaba perfectamente a su esbelta figura. Alcton le tomó el maletín y juntos subieron a la nave.

El interior de la cabina era amplio y espacioso. Los sillones resultaban cómodos. Cuando se necesitaba podían transformarse en mullidas literas, si bien había un par de camarotes en otro departamento del aparato.

Una vez le dieron permiso, Alcton hizo despegar a la nave, que se elevó silenciosamente. Momentos después se hallaban en el espacio.

Entonces Greta le hizo una pregunta:

—Kevin, ¿qué crees tú que hallaremos en Wharren?

Alcton se encogió de hombros.

—No tengo la menor idea —contestó—. Pero lo buscaremos, sea lo que sea.

—El planeta es muy grande —alegó ella—. Es tipo Tierra 4/6.

—Lo sé —dijo Alcton—. No obstante, la nave está provista de los mejores y más poderosos detectores que se conocen por el momento. Todo consiste en orbitar en torno a Wharren hasta que los detectores señalen algo sospechoso.

—Y entonces aterrizaremos.

—Exactamente.

Greta se reclinó en su asiento, mientras contemplaba las estrellas, que brillaban fríamente en el cielo. Tierra 4/6 significaba que Wharren era un planeta de cuyas dimensiones eran cuatro sextos de los de un planeta del tamaño de la Tierra.

Con el rabillo del ojo vio el velocímetro. La aguja del instrumento señalaba cifras cada vez más elevadas.

Pronto alcanzarían una velocidad cercana a la de la luz. Entonces los poderosos hipermotores de la nave la lanzarían a través del subespacio para cubrir en un brevísimo tiempo la distancia que les separaba de Wharren.

De pronto se puso en pie.

—Voy a arreglarme un poco —anunció.

—Bien —contestó Alcton, sin quitar la vista de los instrumentos

Pasaron unos minutos. La aguja del velocímetro señalaba ya la cifra 288, lo que indicaba una velocidad de doscientos ochenta y ocho mil kilómetros por segundo.

De repente, cuando más distraído estaba, oyó un agudo chillido que procedía de la cámara donde se hallaba Greta en aquellos momentos.

—¡Kevin, ven, pronto, por favor! —pedía ella angustiadamente.

CAPÍTULO XI

Alcton se lanzó hacia la cámara, a la que llegó segundos más tarde. Con la espalda pegada a uno de los mamparos, los ojos llenos de horror. Greta señalaba hacia el maletín abierto que yacía sobre la litera.

—¡Mira, Kevin! ¡Ese maletín no es el mío!

Alcton respingó.

—¿Estás segura?

—¿Cómo no voy a estarlo si no hay en él una sola prenda de ropa femenina?

—¡Demonios!

Alcton entró en la cámara y se inclinó sobre el maletín, en cuyo interior vio un extraño aparato con algunas esferas indicadoras y numerosos cables entrecruzados por todas partes que iban a parar a distintos circuitos de una utilidad que le resultó incomprensible por el momento.

Una de las esferas era Un simple amperímetro. Otra contenía una aguja roja que se movía lentamente.

En esta segunda esfera se veían unas cifras impresas. Alcton frunció el ceño.

Aquellas cifras eran similares a las del velocímetro de su nave. Greta, a su lado, dijo:

—Es una bomba de relojería, Kevin...

—No, no se percibe el menor ruido —objetó él —. Sin duda, sí se trata de un artefacto explosivo, aunque no comprendo cómo puede funcionar.

—Corremos peligro de volar —advirtió ella.

—Todavía no, creo yo. Pero ¿cómo te has confundido de maletín?

—¿Crees que lo sé? Por fuera es exactamente igual al mío y su peso semejante...

—¿Lo llevaste siempre en la mano?

Greta se concentró unos instantes.

—Espera —dijo al cabo—. Creo recordar que lo dejé una vez en el suelo, mientras hacía los trámites en las oficinas del astropuerto, para conseguir el permiso de salida.

—Entonces, no se hable más —declaró Alcton—. Un «Ciempiés» te pegó el cambiazo, eso es todo.

—¡Mira, Kevin! —exclamó ella de pronto—. ¡Esa aguja roja se

está moviendo!

El joven observó fascinado el lento avance de la aguja. De súbito la vio llegar a la cifra 292.

—¡Maldición! —juró—. ¡Ahora ya sé lo que es!

Y corrió hacia la cámara de mandos, refrenando en el acto la velocidad de la astronave y colocando los propulsores en reversa.

—Greta, mira a ver si la aguja marca una cifra más baja —pidió a voces desde la cabina de mando.

—Sí, Kevin —contestó la muchacha.

Alcton sonrió satisfecho. Regresó a la cámara y cerró el maletín.

—Ahora ya sé qué es —dijo.

—Habla, por favor —pidió ella ansiosamente.

—Se trata de una bomba cuyo mecanismo de ignición está conectado al del registro de la velocidad, sincronizada por radio con el de la nave. Por dicha razón, la aguja de esta bomba se movía al mismo tiempo que la del velocímetro.

—Y cuando nosotros hubiésemos alcanzado determinada velocidad, la bomba habría hecho explosión.

—Sí. Su potencia no es excesiva, aunque habría sido suficiente para abrir un buen boquete en las paredes de la nave. El aire se habría escapado instantáneamente y...

—No sigas, lo comprendo todo —se estremeció Greta—. ¿A qué velocidad se habría producido la explosión?

—No tardaremos en saberlo —contestó él, a la vez que se llevaba el maletín.

Greta le siguió. Alcton colocó el maletín en una esclusa, cerró la compuerta interna y abrió la exterior, sin vaciar el aire previamente.

El maletín salió disparado al espacio cuando el aire de la esclusa escapó con gran violencia. Alcton se dirigió a la cámara de mandos y colocó los propulsadores en «Avance, a toda velocidad».

Minutos más tarde, la nave bordeaba los límites de la velocidad de la luz, más de doscientos noventa y ocho mil kilómetros por segundo.

Un silencioso chispazo rojo fue captado por la cámara posterior y reflejado en la pantalla correspondiente de observación. Alcton se volvió hacia la muchacha y dijo:

—La bomba ha estallado al alcanzar poco más de doscientos noventa y ocho mil kilómetros al segundo, es decir, momentos antes de que nos sumerjamos en el subespacio. Si tu no poseyeras un acusado sentido de la coquetería, no habríamos abierto el maletín y ahora estaríamos muertos.

Greta lanzó un profundo suspiro.

—Lo que más me duele es que me he quedado sin mis ropas —se lamentó.

Alcton elevó los brazos al cielo.

—Acaba de salvarse de la muerte y lo único que se le ocurre es que no tiene trapos para ponerse —exclamó, dominando la furia que sentía, mientras Greta rompía en carcajadas.

* * *

La nave orbitaba lentamente en torno a Wharren, un planeta del que las cámaras de televisión traían unas imágenes de desolación absoluta.

Wharren estaba situado en una zona oscura del espacio. La estrella que era el sol del sistema era apenas un puntito brillante a lo lejos. La nieve y el hielo eran los elementos predominantes del paisaje.

—Bonito panorama —gruñó él—. Yo no viviría aquí ni por todo el oro del mundo.

—Alguien vive, sin embargo —dijo Greta—. ¿Qué señalan los detectores?

—Por ahora, mucho frío.

—¿Hay equipos, adecuados para el caso de que tengamos que salir de la nave?

—No he olvidado nada —contestó Alcton, sin quitar la vista de las pantallas.

En otros parajes, no se veía hielo ni nieve, pero sí un suelo desierto, absolutamente desnudo de vegetación.

—La temperatura no es tan baja como para congelar los gases de la atmósfera —calculó el joven.

—Pero el sol está demasiado lejos. La atmósfera debería estar también helada…

—Probablemente, hay un núcleo central caliente que eleva la temperatura lo suficiente para evitar la congelación del aire. Pero esto no es cosa que nos interese…

Una lámpara de color ámbar empezó a centellear de pronto.

Alcton extendió una mano.

—Parece que hay señales de vida…

Orientó el detector por medio de los mandos correspondientes y los centelleos se hicieron más intensos. Un par de pruebas le bastaron para localizar el origen de las señales.

Alcton maniobró hasta situar la nave en la vertical del lugar sospechoso.

—¿Qué detectan los instrumentos? —preguntó ella.

—Una fuente de calor de origen animal.

—¿Personas?

—¿Qué otra cosa puede ser, si aquí no hay más que unos cuantos reptiles?

Greta sonrió.

—La sangre de los reptiles no es enteramente fría —alegó.

—El teletermómetro indica una temperatura corporal situada entre los treinta y dos y treinta y ocho grados centígrados. Imagínate a qué corresponden esas señales.

—Cuerpos humanos —dijo ella pensativamente.

—Así es —corroboró Alcton.

—Esos detectores son muy sensibles, Kevin.

—Capaces de registrar la presencia de un hombre a veinte mil kilómetros de distancia. Teniendo en cuenta que sólo nos hallamos a unos treinta mil metros de la superficie, las deducciones son obvias.

Greta observó que el aparato se mantenía fijo en la vertical del punto sospechoso, en el que se podía divisar una gran cadena montañosa, cubierta de hielo y nieve. Hacia el Sur del planeta, se extendía una inmensa llanura, que se perdía de vista en el horizonte.

Alcton se puso en pie de pronto.

—La temperatura en la superficie es de unos sesenta y cinco bajo cero —manifestó—. Vamos a ponernos los trajes térmicos, único medio de sobrevivir en la superficie de Wharren.

* * *

Las patas del tren de aterrizaje se posaron sobre una capa de hielo, que crujió ligeramente al recibir el peso del aparato. Alcton abandonó su asiento, embutido en su traje térmico, que incluía una escafandra y, seguido de Greta, se dirigió hacia la puerta.

El termómetro exterior marcaba -68°. Aunque los trajes térmicos llevaban un depósito de aire, para un caso de emergencia, Alcton y Greta respiraban el del planeta, previamente pasado por un filtro calefactor, que elevaba su temperatura por encima de la del punto de congelación.

Alcton llevaba una pistola desintegrante pendiente del cinturón. En la mano llevaba un detector portátil de calor, provisto de una antena orientable.

La nave se había posado al pie de una elevada pared de hielo, que parecía vidrio verde, a causa de su casi completa transparencia. Una vez en el exterior, Alcton manejó el contacto del detector y la

lámpara de indicadora empezó a centellear en el acto.

En los primeros momentos, los destellos eran muy espaciados, menos de dos por minuto. Alcton avanzó unos cuantos pasos y la frecuencia del centelleo se hizo mayor.

—Creo que vamos por el buen camino —dijo, a través de la radio de su escafandra.

En primer lugar, se dirigió hacia la pared de hielo, pero, a los pocos momentos, tuvo que derivar hacia su izquierda. No tardaron mucho en hallarse ante una angosta grieta, que parecía más bien un gigantesco tajo en el muro helado, y cuyo final no se podía ver debido a la penumbra ambiental.

Alcton anduvo paso a paso, con grandes precauciones. El suelo era bastante resbaladizo.

La escasa luz que llegaba de la entrada se fue atenuando hasta convertirse en una casi absoluta oscuridad. Pero a unos cien metros de camino, la grieta se ensanchó bruscamente.

Alcton se detuvo y Greta lo hizo a su lado. Los dos contemplaron unos momentos aquella especie de pozo situado en el hielo, en forma de cono invertido y en cuyo centro había una especie de antena de un solo poste, que se elevaba a unos sesenta o setenta metros sobre las cabezas de ambos jóvenes.

En la parte superior de la antena se divisaban numerosas varillas en posición radial, cada una de las cuales, a su vez, se ramificaba en otras muchas. Parecía un extraño árbol con una copa de ramas sin hojas, todas ellas situadas en el mismo plano.

Al otro lado de la antena, frente a la grieta, se veía lo que parecía la entrada a una cueva.

—Sigamos —murmuró Alcton, a la vez que aflojaba la tapa de la funda de su pistola desintegrante. El detector portátil señalaba una presencia humana cada vez más próxima.

CAPÍTULO XII

Alcton y Greta alcanzaron la entrada de la cueva y, a pocos pasos de la misma, pudieron ver una puerta de metal. Alcton se acercó a la puerta y tanteó su cerradura.

Podía abrirse, sin necesidad de apelar a medios extremos. Quienes estuvieran al otro lado no sospechaban en absoluto su presencia en Wharren.

El joven abrió centímetro a centímetro. Un vivo chorro de luz le dio de pronto en los ojos.

Asomó cautelosamente la cabeza. Al otro lado de la puerta se podía ver una cueva, abierta por la naturaleza en la roca viva que había bajo el hielo, pero acomodado su interior por la mano del hombre. De espaldas a la entrada, había un individuo ante una mesa de control, con numerosos instrumentos.

Alcton vio también una cama y otros muebles en un lado de la cueva, que indicaban el lugar destinado a vivienda. El hombre, sentado ante la mesa, parecía hablar por medio de un micrófono con un invisible interlocutor.

Alcton se levantó la visera del casco, a fin de oír mejor lo que decía el individuo. Greta vio su gesto y le imitó en el acto.

—Está bien —dijo una voz que salía del altoparlante—, si todo está listo, desconecte el conmutador general y prepárese para el regreso.

—Bien, señor —contestó el individuo.

—A partir de ahora, nuestra central de control total, quedará instalada en otro lugar, que se le indicará a su regreso a la capital.

—Sí, señor.

—Dígame, Mohkai, ¿aún no ha llegado esa pareja?

—Todavía no, señor —contestó el llamado Mohkai—. Mis detectores no han señalado aún la presencia de su astronave en la pantalla.

—Bien, no importa. No les haga nada, procure pasar desapercibido; desconecte y lárguese. Alguien se ocupará de ellos, evitándonos a nosotros el trabajo.

La mano de Mohkai se acercó al tablero vertical de la mesa y levantó un interruptor semejante a la llave de contacto de una central de energía.

—Desconectado el control general, señor —informó.

—Eso es todo, Mohkai. Dispóngase a emprender el viaje inmediatamente. Le quedan menos de sesenta minutos y, en esa hora, tiene que situarse a cien millones de kilómetros por lo menos de Wharren.

—Entendido, señor. ¿Algo más?

—Eso es todo, Mohkai. Buena suerte.

—Gracias, señor.

Mohkai cerró la radio y se puso en pie. Entonces, al volverse, fue cuando vio a la pareja frente a sí.

Sus ojos se dilataron por el asombro. Pero apenas si tardó un segundo en reaccionar.

Bajó la mano a la cintura y quiso sacar una pistola desintegrante.

Alcton cortó en seco su gesto, encañonándole con su arma.

—Un solo movimiento más y te convierto en humo —dijo.

Mohkai se sentía lleno de perplejidad.

—Pero... ¿cómo diablos han podido llegar hasta aquí, sin ser detectados por mis instrumentos? —exclamó.

Alcton sonrió placenteramente.

—Sin duda olvidó que hay naves capaces de llevar unos maravillosos sistemas de antidetección, que les permiten pasearse por toda la Galaxia sin ser observadas por nadie —contestó. Ladeó la cabeza hacia la joven y añadió—: Greta, ¿se ha fijado en el anillo que lleva este pájaro en la mano izquierda?

—Seguramente, tiene en el sello un ciempiés en oro.

Mohkai apretó los labios.

—Sería conveniente que nos largásemos de Wharren —dijo—. Aquí corremos un serio peligro.

—¿De veras? —rió Alcton—. Aquí el único que corre peligro de convertirse en humo eres tú... si te niegas a contestar a las preguntas que voy a hacerte inmediatamente.

* * *

Envuelto en su bata, con un vaso de licor en la mano izquierda, Méndez se acercó al fonovisor y marcó un número. A su espalda, la pantalla de televisión emitía un programa cultural.

Momentos más tarde, Méndez estaba en contacto con su secretario general.

—¿Alguna noticia, Payt?

—Ninguna, señor —contestó Ugroo.

Méndez hizo un gesto de fastidio.

—Ya deberían de haber dicho algo gruñó.

—Precisamente por eso me he quedado en el cuartel general, señor —declaró el secretario—. He dado orden de que me pasen en el acto cualquier mensaje que pueda emitir Alcton.

—Tiene orden de comunicarse conmigo exclusivamente. Si logra el contacto, conécteme su emisión con mi fonovisor privado.

—Entiendo, señor.

—Tengo ya ganas de saber qué hay en ese maldito planeta —masculló el director de la Superpol—. Gracias por todo, Payt.

—A sus órdenes, señor.

Méndez cortó la comunicación y tomó un sorbo de licor. Luego, maquinalmente, dirigió la vista hacia la pantalla, en donde aparecía la imagen de un oscuro planeta perdido en el fondo del espacio.

—Este es Wharren —decía el locutor en aquellos momentos—. Como muchos de nuestros oyentes recordarán, las autoridades de Colonización Planetaria, decidieron hacer factible la vida humana en los planetas del sector N-40, más comúnmente conocido por la Zona Sombría. Hay allí más de media docena de planetas habitables, pero en los que la vida resulta ardua y difícil a causa de la distancia que les separa de nuestro sol.

«Para paliar este inconveniente y tras largos estudios, dichas autoridades decidieron crear un pequeño sol que diese luz y calor a la zona. Wharren posee un núcleo interno de elevada temperatura, pero separado del exterior por unos cuatro mil kilómetros de intraspasable corteza rocosa.

«Durante largos años se ha trabajado en Wharren y, al fin, el éxito ha culminado la tarea. Dentro de pocos minutos y, por procedimientos largos de explicar, pero en los que interviene de manera principalísima la física nuclear, Wharren será «incendiado» y se convertirá en un sol que arderá durante cien mil años, antes de dar las primeras señales de agotamiento de su masa en fusión. Muchos años antes, naturalmente, no pasarán cuatro o cinco sin que el cambio provocado por el nuevo sol se haya hecho realidad, los planetas próximos a Wharren serán mundos fértiles, cálidos, donde la vida será amable y fácil y en los que cientos de millones de seres humanos podrán acomodarse sin agobios…

El vaso se escapó de las manos de Méndez, pero ni siquiera se dio cuenta.

En su mente sólo había un pensamiento: Alcton y Greta estaban en Wharren y el planeta iba a convertirse en una bola incandescente dentro de muy pocos minutos.

* * *

Mohkai se pasó una mano por la frente, como si de súbito se hubiese sentido enfermo. Retrocedió un par de pasos y se apoyó en el borde de la mesa de control.

—¿Qué... qué quiere saber? —dijo—. Yo ignoro todo... Solamente me dijeron que estuviese aquí hasta que...

—Vigilando esos instrumentos, ¿verdad? ¿Para qué sirven? —inquirió Alcton.

—Bueno, yo...

La mano derecha de Mohkai estaba junto a una pesada llave inglesa. De repente, sin previo aviso, agarró la herramienta y la arrojó contra Alcton, arrancándole la pistola de la mano.

Acto seguido se lanzó contra el joven. Greta chilló, mientras forcejeaba por levantar la tapa de la funda de su pistola.

El puño derecho de Mohkai se dirigió rectamente a la mandíbula de su adversario. Una fracción de segundo antes, Alcton bajó de golpe la visera transparente.

Mohkai lanzó un aullido de dolor, al golpear aquella superficie convexa de indudable dureza. Alcton contraatacó con un terrorífico derechazo que lanzó a Mohkai contra la mesa.

Las caderas del individuo tropezaron con el borde, pero su espalda se inclinó y golpeó el mango aislante de un gran interruptor, bajándolo de golpe. Un alarido desgarrador se escapó en el acto de Mohkai.

Alcton se quedó perplejo. Mohkai se retorció convulsivamente durante unos momentos y luego cayó al suelo, en donde quedó quieto.

Se levantó la visera, perplejo.

—No lo entiendo —dijo.

—Tal vez se ha electrocutado —sugirió Greta, pálida por la impresión recibida.

Alcton se percató de que de la mano izquierda de Mohkai se desprendía una leve columnita de humo. Se arrodilló y vio el anillo ennegrecido.

—Greta, busca unas pinzas aislantes, por favor.

La joven le entregó la herramienta a los pocos momentos. Alcton sacó el anillo y lo examinó con todo cuidado.

Luego, su vista se dirigió al conmutador cerrado involuntariamente por el golpe que Mohkai le había propinado con su propia espalda. Una horrible sospecha invadió su ánimo.

El anillo ya no era peligroso y lo hizo saltar en la palma de la mano.

—¿Sabes lo que sospecho, Greta?

—Dime, Kevin.

—El hombre que hablaba con Mohkai mencionó un conmutador general y también una central de control total. Bien, después de lo que le ha ocurrido a Mohkai, la cosa está clara. Tengo la sospecha de que todos los «ciempiés» han muerto.

Greta se quedó estupefacta.

—¿Cómo dices, Kevin? —exclamó.

Alcton levantó el anillo con dos dedos.

—Es el símbolo de la organización, pero también lo era de control sobre cada miembro. Simplemente, el anillo era un receptor de energía radiante, pero esto, como es natural, no lo sabían los interesados. Seguramente, servía para prevenirse contra cualquier posible traición.

—A Sha-O la mataron con un vulgar cuchillo y Km recibió una descarga de electrones a través de la pantalla —adujo Greta.

—Debieron de ser ejecuciones urgentes. Para castigar una traición individual, con tiempo, tenían esta central de control total. Un simple mensaje, bastaba para que Mohkai enviase una descarga al infiel. Lo que sucede es que hizo funcionar el conmutador general… que ha electrocutado simultáneamente a todos los miembros de la organización.

Greta respiró aliviada.

—Bueno, al menos, la Subgalaxia ha quedado libre de una grave amenaza, ¿no crees?

—Lo confirmaremos cuando estemos en el espacio —contestó Alcton—. Llamaré al jefe y le pediré informes sobre el particular.

—Está bien. ¿Qué hacemos ahora?

—Aguarda un momento, por favor.

Alcton husmeó por todas partes, hasta encontrar una archivadora electrónica, en la que encontró una larguísima serie de números de orden, con la situación de las personas asignadas a cada uno de ellos. Pero no se indicaban nombres.

—Cuando Mohkai recibía una orden —calculó—, debía de ser más o menos así: «Liquida al 87» número ochenta y siete y le lanzaba una descarga por medio de un conmutador graduado de acuerdo con la distancia y la longitud de onda correspondiente, a través de la antena exterior. Lo malo es —agregó pesarosamente—, que los directivos del «Ciempiés» eran precavidos y mantenían el anónimo de sus subordinados.

—Y al funcionar el conmutador general, han muerto todos de golpe —dijo Greta—. Kevin, vámonos —propuso—. Me siento nerviosa y no sé por qué.

En aquel momento, centelleó la lámpara de llamada de la radio subespacial. Curioso, Alcton se acercó a la mesa y dio el contacto.

—¿Sí? —dijo con un gruñido, a fin de disfrazar su voz.

—Mohkai, ¿estás aún en Wharren? ¿Por qué no me has enviado el mensaje indicando tu despegue? —preguntó alguien con acento impaciente—. ¿Es que ya no te acuerdas de que antes de treinta minutos ese maldito planeta se va a convertir en una bola de fuego?

Alcton y Greta se miraron, aterrados. Luego, sin cambiar una sola palabra, movidos por un mismo impulso, dieron media vuelta y corrieron enloquecidamente hacia la salida, mientras a sus espaldas, la voz del desconocido continuaba gritando:

—¡Mohkai! ¡Contésteme, por todos los diablos! ¿Qué ha pasado con el conmutador general? Han muerto miles de los nuestros…

CAPÍTULO XIII

Invadido por una sombría desesperación, Méndez contempló en la pantalla la transformación de aquel oscuro planeta en una estrella de rutilante brillo.

El fenómeno fue recogido por las cámaras de televisión. Era un acontecimiento que merecía ser divulgado para conocimiento general.

Había gran alegría en las gentes... El único que no estaba alegre era el director en jefe de la Superpol.

Méndez se dejó caer abatido en un sillón. Luego, a los pocos minutos, el locutor dio la noticia del extraño fallecimiento simultáneo de miles de personas, ocurrido en distintos planetas.

Las muertes se habían producido por electrocución, aunque todavía no se conocían las causas. El locutor añadió que las autoridades investigaban tan extraño fenómeno y luego anunció un programa de variedades.

El zumbador del visófono sonó de pronto. Méndez se levantó y dio el contacto.

—Hola, jefe —saludó Alcton desde la pantalla, con la sonrisa en los labios—. Tiene una cara horrible, ¿verdad, Greta?

La muchacha, junto a Alcton, asintió sonriendo también. Méndez creyó ver visiones.

—Están vivos, vivos —exclamó—. Y yo que creí que...

—Nos hemos chamuscado un poco, pero pudimos escapar a tiempo —declaró Alcton—. Jefe, ¿por qué diablos no me avisó que Wharren iba a ser convertido en un sol?

—¿Y yo qué diablos sabía? —masculló Méndez—. Mi oficio no tiene nada que ver con la astronomía ni mucho menos con la colonización de los planetas.

—Sí, claro —murmuró el joven pensativamente—. Por fortuna, pudimos escapar a tiempo, pero tuvimos que zambullirnos en el subespacio antes de lo reglamentario; de lo contrario, nos habríamos convertido en pavesas.

—Hizo bien, Alcton —aprobó el jefe de la Superpol—... ¿Qué han averiguado en Wharren?

—Algo muy interesante, señor. Todos los «ciempiés» han muerto electrocutados.

Méndez lanzó una exclamación de asombro.

—Ahora comprendo...

Alcton explicó lo ocurrido en el planeta. Al terminar su relato, Méndez dijo:

—Bueno, en medio de todo, hemos tenido suerte. Su misión ha sido coronada por el éxito. Vuelva a la capital y le extenderemos el nombramiento definitivo, es decir, si quiere seguir perteneciendo a la Superpol.

—Me ilusiona mucho, señor —confesó el joven—. Aunque fuese rechazado en una ocasión...

—Sí, lo sé, pero la culpa no es mía. Y el caso es que ignoramos los motivos que indujeron a los miembros del tribunal examinador a rechazar su solicitud de ingreso, porque los tres han muerto asesinados...

—¿Cómo tres? —exclamó—. A mí me probaron cuatro oficiales de la Superpol, señor.

* * *

Apenas desembarcó en el astropuerto, Alcton se dirigió a su alojamiento particular. Greta le acompañaba, cumpliendo el acuerdo primitivo de no separarse en ningún momento.

Alcton tenía instrucciones de esperar nuevas órdenes en su casa. Poco más tarde, entraba en el departamento.

Greta se dirigió al baño. Alcton esperó pacientemente.

Mientras tanto, reflexionaba. Ahora veía las cosas con toda claridad.

Después de Greta, se aseó y cambió de ropa. La joven encargó un nuevo vestido a una tienda cercana. Sus ropas estaban en la casa de la XXXVIII Avenida y Alcton había juzgado prudente no aparecer por allí.

Al atardecer, sonó el zumbido del intercomunicador.

Alcton dio el contacto. Una cara que le pareció conocida surgió en la pantalla.

—¿Señor Alcton? —dijo la mujer, joven y hermosa—. El director le espera ya en el lugar que le indicó durante su última conversación.

—Iremos ahora mismo —prometió el joven—. ¡Un momento! —exclamó de repente—. A usted la conozco yo.

Ella sonrió.

—Tuve el honor de servirle más de una copa en la GABY'S TAVERN —contestó—. Y a la señorita Dobsson también, por supuesto.

—Vaya —murmuró él—. Entonces, ahora me explico quién es la

autora de las llamadas que nos hacían acudir a la taberna. Aunque con Greta se cambió la voz...

—Simple precaución, señor —contestó la supuesta camarera—. El jefe les aguarda —repitió.

—Iremos ahora mismo —aseguró Alcton.

* * *

La supuesta camarera se llamaba Nelly Reliman y era, según Méndez, una de las más eficaces colaboradoras del servicio.

Nelly estaba con Méndez en el lugar donde la pareja había sido citada. Tras los primeros saludos, Méndez los guió a todos hasta un ascensor cercano, que les condujo a un subterráneo situado a unos ciento veinte metros de la superficie.

Mientras descendían, Méndez dijo:

—También yo puedo cometer errores, y uno de ellos fue no examinar a fondo su expediente de examen de ingreso. Pero es que una de las pruebas que se hizo con usted era tan poco común que no se me ocurrió siquiera que podía haber sucedido tal cosa.

—Por lo visto, él lo hizo con todos —apuntó Alcton.

—Sí. Tenía ya sus planes trazados y no quiso correr riesgos. De todos modos, hay que reconocer que en aquellos momentos se portó con usted muy benevolentemente.

—Ya. Considerando que podía haber ordenado mi asesinato, en efecto, su comportamiento no pudo ser más generoso —admitió el joven cáusticamente.

Momentos más tarde, salían del ascensor, encontrándose ante una vasta sala, en la que se veía una gigantesca máquina de forma cúbica, en cuyas paredes de metal centelleaban infinidad de lucecitas multicolores.

Con paso firme, Méndez se acercó a la máquina y presionó unas cuantas teclas. Luego tiró de un micrófono, unido al artefacto por un cable, y dijo:

—El día 7 de marzo de 2427, cómputo terrestre, Kevin Alcton fue probado para ingreso como miembro de la Policía Superior de la Galaxia. Se le hizo un esquema futurible de su posible actuación en el organismo, caso de ingresar. Reprodúzcase.

Varias lámparas centellearon frente a Méndez, a la vez que sonaban diferentes chasquidos, de tenue intensidad. Parecía como si la máquina carraspease para aclarar sus altavoces.

Segundos más tarde, una voz de evidentes tonalidades mecánicas, contestó:

—Según los datos que fueron facilitados, Kevin Alcton debía

mostrar grandes cualidades en el cargo y ascender sucesivamente distintos grados. Pasados ocho años, nueve meses y siete días, debía ser encargado del caso señalado con las cifras QNF-44-XXIV.

Méndez y Alcton cruzaron una mirada de asombro.

—El caso del «Ciempiés» tiene asignada precisamente esa misma cifra —dijo el primero.

Alcton movió afirmativamente la cabeza.

—Lo sé —contestó—. Pero, ¿por qué la máquina no dice el nombre del culpable?

Méndez volvió a acercar el micrófono a sus labios.

—Interesa conocer el nombre del principal encartado en el caso QNF-44-XXIV —pidió.

—Hay tres posibles encartados —respondió la máquina—. Uno de ellos es Bevis Tiller…

—¡Ha muerto electrocutado! —exclamó Nelly.

—El siguiente encartado es Aukry Maddol, presidente de Thû XI —siguió la máquina.

—¿Y el tercero? —inquirió Méndez, anhelante.

La máquina dio el nombre que todos esperaban.

* * *

Los cuatro estaban reunidos en el salón del departamento en que se alojaba Méndez.

Nelly hacía de anfitriona. Méndez explicó:

—Coloqué a Nelly en la GABY'S TAVERN porque teníamos confidencias de que era un centro distribuidor de drogas prohibidas. Ella averiguó que Gaby tenía relación también con otros asuntos, entre ellos el del «Ciempiés» y le ordenó encaminar sus investigaciones en este sentido. No averiguó mucho, esta es la verdad, pero su labor resultó bastante útil, de todos modos.

—Desde luego —admitió Greta con una sonrisa.

—Pero Tiller no llevaba ningún anillo cuando yo le visité—alegó el joven—. Lo recuerdo muy bien, porque me fijé especialmente en sus manos.

—Debió quitárselo, cuando le anunciaron su visita —opinó Méndez, en el momento en que Nelly aparecía con una bandeja en las manos.

—Yo la ayudaré —se ofreció Greta.

Alcton miró a su jefe. Méndez se conturbó ligeramente.

—Hasta ahora, he sido un impenitente solterón —confesó—. Temo que Nelly me obligará a abandonar mi soledad.

—Será una excelente compañera —profetizó Alcton, observando

de reojo el rubor que invadía la cara de Nelly.

Se llevó la copa a los labios. Greta, sentada de nuevo, las rodillas juntas y un codo apoyado en ellas, parecía abstraída.

—Kevin —habló con voz ausente—, Sha-O te citó en la taberna y te dio la indicación de Wharren. Pero la asesinaron por traidora.

Alcton negó con la cabeza.

—No. Bite ejecutó la orden que le transmitió Wör, precisamente para hacerme creer que Sha-O moría por haberlos traicionado. Sha-O recibió instrucciones de darme aquella indicación, pero, naturalmente, no le dijeron que Bite se elevaría por la calle posterior, con su cinturón antigravitatorio, y le lanzaría un cuchillo.

Nelly se estremeció.

—La asesinaron a sangre fría —dijo.

—Nunca mejor empleado el calificativo —respondió Alcton—. En realidad, Sha-O no fue sino una herramienta de su gigantesca maquinaria, destinada a ser desechada una vez utilizada.

Llamaron a la puerta. Alcton se puso en pie.

—Yo abriré —dijo.

Cruzó la sala, alcanzó al pomo y lo hizo girar. La delgada silueta de Payt Ugroo se recortó en el umbral.

—Hola —sonrió el secretario—. Me ha citado el señor Méndez —añadió.

—En efecto —contestó Alcton—. El director de la Superpol ha citado en su domicilio particular al «Ciempiés» número tres.

* * *

Ugroo dio un par de pasos vacilantes en la estancia, mientras Alcton, a sus espaldas cerraba la puerta.

—Eso debe de ser una broma y no de buen gusto —dijo Ugroo.

Paseó la vista por los circunstantes. Méndez, Greta y Nelly le contemplaban con expresión de absoluta seriedad.

—No es una broma —habló el director de la Superpol—. Alcton ha dicho la verdad, número tres.

Ugroo hizo una profunda inspiración. Enseñó sus manos.

—¿Dónde está el anillo que usaban indefectiblemente todos los miembros de esa criminal organización?

—Ugroo —dijo lentamente—, hablé con dos tipos que le conocieron con una cara distinta y con bigote. Eran Griar y Kru, ambos asesinos profesionales, si bien Griar no pertenecía estrictamente a la organización. No le gustó ligarse nunca demasiado con otras personas; era un lobo solitario. Por eso no llevaba anillo, como Kru.

«Pero ambos coincidieron en una cosa: aquel sujeto delgado y

con bigote, jugueteaba constantemente con un anillo enorme, que llevaba grabado un ciempiés de oro en el sello y en su interior un número: el 3. Ese anillo es tan grande que se podía ver fácilmente la cifra grabada en el interior, a poco observador que fuese uno… y ya me dirá usted si un asesino profesional no es observador.

—Usted me mintió cuando me dijo que no había formado parte del tribunal que examinó a Alcton —habló Méndez—. Yo confiaba en usted y creí en su palabra; por ello no investigué más sobre el particular. Ni siquiera se lo pregunté al interesado y usted, por otra parte, sabía que sucedería así.

—Pero cuando el jefe quiso saber más detalles acerca de la denegación de mi solicitud de ingreso, usted dio orden de asesinar a sus tres compañeros de tribunal… Ellos sí podían hablar y ello no le convenía. Mientras tanto, confiaba en que yo moriría en alguna de las numerosas trampas que me tendió.

—Una de las cuales era el viaje a Wharren, en donde Alcton descubrió la central de control total de los «ciempiés», que ustedes iban a abandonar, puesto que Wharren iba a ser convertido en un sol, para hacer habitable la Zona Sombría.

—Tiller me engañó con su falso acento de sinceridad y la ausencia del anillo en sus manos —dijo Alcton—. Pero era el número dos, ¿verdad?

Ugroo respiraba afanosamente. Alcton se dio cuenta de que tenía la mano derecha en el bolsillo y que parecía mover los dedos bajo la ropa.

—Y el número uno de los «ciempiés» era el presidente Maddol, de Thû XI, contra quien ya se ha dictado orden de detención. Pero Maddol era más bien una especie de cabeza visible, el personaje que ustedes dos necesitaban para dar «lustre» a la organización. ¿Se le ocurrió a Tiller la idea de dar el nombre de «Ciempiés» a su banda, tal vez porque a él le apodaban de esa manera? —preguntó Méndez.

—¿Qué papel desempeñaba Gaby en la organización? —quiso saber Alcton, en vista del silencio del culpable.

Ugroo no contestó.

—Debía de ser una simple informadora —apuntó Nelly—. Sin embargo, sabía que Tiller pertenecía también a la organización. Tiller conocía su amistad con ella y temió verse delatado —se dirigió a Alcton.

—Y a mí querían asesinarme, porque mi madre se negaba a ceder a las pretensiones de la organización —acusó Greta.

Pero ahora esa organización está destruida por el mismo infernal artefacto que ustedes crearon para tener a todos sus miembros bajo un control absoluto —dijo Alcton—. Tiller murió, porque llevaba

puesto el anillo, seguro de que no le pasaría nada.

—Maddol tuvo más suerte, porque no lo usaba en el momento de la descarga total —explicó Méndez.

—Por último, usted, cuando yo solicité ingresar en la Superpol, ya empezaba a planear esta operación —manifestó Alcton—. Por esa razón solicitó mi futurible a la predictora y halló que yo intervendría en el caso. En vista de ello, usó de sus influencias para denegar mi solicitud.

—Alteró el expediente, incluso —añadió Méndez—. Sin embargo, no pudo hacer lo mismo con la predictora. A menos que se destruya totalmente, no se pueden alterar sus registros y la consulta sobre el futuro de Alcton quedó grabada irremediablemente.

—Debió pensar que yo acabaría interviniendo en el caso, de una forma u otra —siguió Alcton—. Y el encuentro con Griar fue el principio de mi actuación en la Superpol.

—En resumen, está totalmente derrotado —dijo el jefe—. Después de la desintegración política de la Subgalaxia, ¿qué habrían ganado ustedes?

—¿Es que no lo comprenden? —respondió Ugroo, sonriendo con desprecio—. Nuestra organización se habría ampliado enormemente y todos los miembros, nuevos y antiguos, nos habrían obedecido férreamente, so pena de morir de forma irremisible. No pretendíamos poder político, sino hacernos con el control de todos los negocios de la Subgalaxia.

—Vamos, «gangsterismo» a escala superplanetaria —observó Alcton—. Seguro que la idea partió del «Ciempiés», ¿verdad?

Ugroo seguía moviendo los dedos dentro del bolsillo. «Juguetea con el anillo», pensó Alcton.

—Y claro, mientras la Subgalaxia estuviese unida políticamente, ustedes no habrían podido realizar sus planes —dijo Méndez—. Por eso asesinaban a los jefes de Estado partidarios de continuar la unión, porque les resultaba mucho más fácil dominar un planeta aislado, que otro protegido por sus ligaduras políticas a la Subgalaxia.

—Bien —contestó Ugroo—. Todo eso es verdad. La organización ha quedado destruida, pero yo sigo con vida. En cambio, ustedes...

Sacó la mano del bolsillo y trató de sacar la pistola desintegrante que pendía de su cinturón. Sólo consiguió levantar la tapa de la funda.

En la pernera derecha de su pantalón se produjo un vivo chispazo. Ugroo emitió un débil grito, mientras su cara enrojecía horriblemente. Se tambaleó un poco y cayó muerto, mientras una delgada columnita de humo brotaba del lugar donde se había

producido el relámpago.

Méndez se puso en pie.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó.

Alcton sonrió.

—Ugroo tenía la costumbre juguetear continuamente con el anillo —explicó—. Lo hizo desde que entró, ya que no lo llevaba a la vista para no delatarse. Pero debió haberlo dejado en su casa.

Metió la mano en el interior de su blusa y sacó algo que parecía a una pequeña emisora de radio.

—Es una central de energía radiante portátil, para pequeñas emergencias. Usada al máximo de tensión, se descarga en el acto... pero también emite toda su energía de golpe. La descarga emitida, sencillamente, electrocutó a Ugroo a través de su anillo, ya que yo lo había preparado a la misma longitud de onda.

—¿Y si no hubiese llevado el anillo sobre sí?

Alcton meneó la cabeza.

—Juguetear con el símbolo de su criminal organización se había convertido ya para él en un tic habitual que no podía evitar. Yo especulé con esta posibilidad y actué en consecuencia.

Méndez contempló al joven con admiración.

—Evidentemente, merece pertenecer de plantilla a la Superpol —dijo—. Mañana realizaremos todos los trámites necesarios para hacer efectivo su nombramiento.

—Y, supongo —habló Alcton—, dará de baja a Greta Dobsson.

Méndez volvió los ojos hacia la joven.

—¿Qué dice usted? —preguntó.

—El caso está concluido —respondió la interpelada—. Ya no tengo nada que hacer en la Superpol.

—Kevin sí, y mucho —aseguró Méndez—. Llegará lejos, lo profetizo desde ahora.

—Jefe —dijo Alcton—, en estos momentos, más que futuros ascensos, me interesa mucho más la cuestión económica. Creo que los agentes casados cobran una prima especial, ¿no?

—¡Pero usted es soltero! —exclamó Méndez. Alcton volvió los ojos hacia Greta, cuya cara aparecía llena de un vivo rubor.

—Por poco tiempo, jefe, por poco tiempo —contestó sonriendo.

FIN